

Ana Belio



# candados en el viento

# **Candados en el viento**

**Ana Belio**

© 2008. Ana Belio

Portada diseño: Celeste Ortega ([www.cedecelste.com](http://www.cedecelste.com))

Difusión de la obra: Íttakus



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de [www.publicatuslibros.com](http://www.publicatuslibros.com). Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

**Publicatuslibros.com es una iniciativa de:**



[www.ittakus.com](http://www.ittakus.com)

**Íttakus, sociedad para la información,  
S.L.**

C/ Millán de Priego, 41, P 14, 1 N

23004 Jaén-España

Tel.: +34 953 08 76 80



Dedicatorias:

*A Keka Sánchez, por estar siempre ahí, por aprender de su fortaleza, por su amistad incondicional, porque cada día que pasa estoy más segura que era inevitable encontrarnos; por nuestras conversaciones y por aceptarme tal como soy.*

*A José M<sup>a</sup> Belio (mi padre) que sigue en mí y seguirá siempre.*

*A mi primer amor, su esencia se encierra en el título de esta obra.*

*A mi hermana Loli, que hoy más que nunca le deseo que le de un buen abrazo a la vida, y a la memoria de su marido Juan, que nos abandonó este año.*

# Candados en el viento

## Candados en el viento

Echando la vista atrás, en el recuerdo, se desfiguran las farolas que alumbraban las huellas del pasado, parecían soportes en una angosta calle salpicada de rumores y deseos.

Se percibía en las noches de verano, el calor prendido en el asfalto, un asfalto de ciudad envenenada por rencores renovados a cada pisada. Era la luz artificial, la cumbre de artificiosas miradas.

Luces confundidas en la noche con el brillo de la luna, que impertérrita se movía al compás de la vida que me acogía.

Eran noches en las que deambulaban los deseos libres de las fatigas de la responsabilidad. Noches dominadas por los actos que nunca morían sin antes haber dejado una huella en el corazón.

Las noches se mezclaban con los días cuando el pasar del tiempo se llenaba de los instantes que parecían huir del mañana. Las siluetas rozaban las sombras cuando el caminar ajeno, siempre parecía cansado junto a mis huellas; unas huellas que dejaban un halo de seguridad y despropósito a la vida.

Eran las sombras de las miradas borrascosas de olvido, que al confundirse en la soledad del pensamiento, siempre pasaban de largo por la estación del silencio. Los instantes pretendían perderse en la angosta calle sembrada de silencios pasajeros. En ellas caminaban mis ilusiones sin nombre sostenidas por unos pies, que aún no conocían cansancio de caminos recorridos, miedos golpeando la inocencia, ni sentimientos quebrantados de indiferencia. Y de pronto su mirada.

Escuchamos a la vez el ruido del silencio. Sus ojos deseaban encontrarme más allá de mi propia mirada, se quedó atrapado en el cuerpo que aún no sabía ser mujer, mientras la inocencia intentaba despedirse de los últimos pasos que él, encerró entre sus manos.

Dibujaban sus labios una sonrisa que siempre era anunciada por sus ojos. Nació un horizonte marcado por una línea discontinua...

El primer domingo junto a su sonrisa, estaba la luna escondida al calor del sol. Se asomaban mis ilusiones al balcón. Flotaba en el aire una música enredada de primavera, mis manos bailaban al compás de mi corazón. Abajo, en la acera, apareció su camisa blanca junto a sus ojos y su sonrisa, y entre brillos de mañana me dijeron: «Baja. Ven».

Empezaron a pasar, los minutos que entre los dos se tejían con miradas furtivas. Quería esconderse el sol, mientras las manos buscaban el roce de otra piel. Kilómetros recorridos, en un intento de alejarse de censuras de mayores que vivían olvidando sus primeras emociones. Los kilómetros sacudían la prisa por llegar a un rincón, que en una soledad compartida de miradas y caricias, éstas dejaran su huella en la impaciencia de la memoria.

Mi cuerpo de niña decía no. El miedo se quedaba atrapado entre el deseo, y sus manos eran una brisa que empezaba a atarse a un recuerdo inolvidable que ya nacía.

Aquel verano con un calor que apenas recuerdo, se dejaba atrapar entre besos escondidos y caricias calladas.

Nuestro primer rincón se hallaba al final de una escalera de caracol. Una amplia ventana regalaba a mis ojos un paisaje que aún perdura en mis sueños.

Sus labios en mi espalda, el paisaje se volvía un espejismo, se encontraron nuestros labios. El primer beso tan intenso, tan desconocido, tan deseado; el miedo dijo no.

Se quedó el deseo atado en sus ojos, volvió la nitidez del paisaje mostrando su fuerza ante la mirada perdida de un adiós, que comenzaba a quedarse enredado en la escalera de caracol.

Una tarde adiviné en sus ojos el adiós. Sus palabras fluyeron moldeándose en otro cuerpo que sin miedo ocupó su deseo.

Sus lágrimas hablaban de todo lo que no me pudo dar, su mirada decía: «no te olvidaré, te esperaré, pero mientras tanto necesito vivir».

La soledad me acompañó en un atardecer en el que me eran ajenos los sonidos. Andaba su adiós a mi lado.

El tacto de su pelo, su sonrisa en la mirada, sus manos impacientes, las mieles de su boca... todo se quedó descansando en el horizonte intermitente; en nuestro horizonte.

Volvió un nuevo verano. Renació el cúmulo de sentimientos que habían dormido y crecido a pesar de la ausencia.

Planes en la estación estival, una llamada y de pronto otra vez su voz.

Entre ilusiones escondidas en las palabras, emoción en la voz y el deseo escondido en un futuro encuentro, en el corazón solo quedó grabado: «Iré, nos encontraremos».

El mar se descubrió en mi presencia. Por las noches se habían roto los candados que sujetaban el viento. Él apareció con su sonrisa reflejada en sus ojos, mientras el mar nos amaba a los dos.

Los amaneceres eran serpientes que nos enredaban con los sentimientos reposando entre sábanas desconocidas.

Un domingo nos escapamos recorriendo kilómetros de emociones. Nos acogió una playa desierta, que esperaba nuestros cuerpos para dejar nuestras huellas envueltas entre besos y caricias, que nunca han muerto en el recuerdo.

Allí en aquella playa sentí al cielo cómplice del deseo, a las olas testigos del tiempo que queda grabado en la piel, al sol marcando cada centímetro de emoción.

Se asomó la luna y nos recordó que habría un nuevo amanecer. Un amanecer que resbalaba en una despedida.

Un adiós volvió a nacer. Se marchó de nuevo con su sonrisa. Se llevó todas las caricias que todavía hoy, fermentan en su piel.

Se paró la brisa. Empezaron a morir las olas en la orilla de sus besos.  
Se cerraron los candados en el viento que acarició nuestra historia de amor.  
Y él, mi primer amor, nunca muere en el recuerdo.

Me acuerdo de unas briznas de hierba que al quedarse prendidas en tu pelo, me enseñaron a saber lo que es un beso. Al intentar quitarlas, me robaste una huella perdida que en mis labios dormía noche y día. Fue en una de esas mañanas en las que nada era importante, solo a través de una ventanilla, me hablabas de lo que querías que tú fueras para mí al recordarte en el futuro. Una pequeña luz que siempre estuviera en mi corazón, una luz que nunca se ha apagado porque la intensidad de lo que me diste se ha quedado en mis sentimientos para recordarte que te sigo queriendo, aunque la soledad siga siendo mi compañera de recuerdos. Como la luz de esa lamparilla que en aquella verbena conseguiste para mí.

Y envueltos en la brisa que solo el mar sabe acariciar, devorábamos kilómetros de vida, robábamos instantes mientras me decías: «Ahora eres mi chica».

El mar, que tanto me une a ti en el recuerdo, nos saciaba alejados del asfalto que todo lo quema, de las voces que no entendían que nuestro silencio de palabras para hablar de ti y de mí, eran una dialéctica perfecta en nuestros besos, manos y cuerpos, los cuales cada noche le daban un abrazo provocador a la madrugada. Me deseabas entonces, me deseas ahora, me robabas besos, me dejaba seducir por el erotismo de tu perfil; igual que ahora que al besarme me desarmas y tú lo sabes.

Y el paisaje se sucedía en un cristal inexistente, en un aire ficticio que revolvía mi pelo y, acariciaba mi cuello, en unos días, saciados hasta el límite de aquello que nunca más he tenido. Descansaba la playa desierta en la que tus ojos decían: «Te deseo»; nos miraba un barco hundido en la arena que se quedó con tu nombre y el mío.

Te puedo amar en silencio, pero no puedo desearte en secreto.

Ahora, ha renacido el recuerdo en la realidad. Los instantes que ajenos han galopado sumando momentos en el tiempo, han transcurrido a pesar, de no encontrarte en un horizonte que guarda las huellas de veinte años de nuestras vidas.

Ha vuelto de pronto un atardecer que sin saberlo nos esperaba. Han vuelto a hablar los besos de tu boca, te han vuelto a responder las huellas que dejaste impresas en mi piel.

Ahora dos corazones se hablan en silencio atrapados entre amor y deseo, ahora tus ojos siguen hablando cuando los cierras para sentir el lenguaje de mis dedos. Ahora no pienso, solo me dejo seducir por todo lo que dices cuando guardas silencio. Y en ese silencio he descubierto que nace de nuevo un adiós, que naufragaba en el miedo, en mi miedo.

## Entre mi nombre y la niebla

El cielo reposaba en su inseparable azul, desde la diminuta ventana del ático. En el centro se mezclaban el humo de las cenizas, con el olor del ambiente fijado en su memoria.

La calle en ruinas parecía un enjambre recién vaciado de su miel. La añoranza de días pasados cuando oculta y escondida esperaba para saborear el dulce, parecía ahora un sueño que nunca se había hecho realidad.

Mirar las fachadas derruidas era ver la realidad. Ellas eran cómplices del miedo escondido en todo aquello que aún se mantenía en pie y salvaba, de la vida que se erguía, a pesar del miedo, dominando cada rincón.

El papel en blanco se había convertido en el mejor amigo de juegos de Anna.

En él, los pensamientos jugaban apoderándose del espacio que parecía interminable. Milagrosamente le había acompañado durante todo el viaje, mientras escuchaba el ruido que aquellos hombres de gris hacían en cada atardecer.

Después, cuando el silencio hacía olvidar el miedo, los párpados cansados anunciaban el final del día. Los instantes morían después de muchas horas vacías. Ellos sobrevivían al tiempo que querían robarles.

En el ático no había flores frescas ni se marchitaba la esperanza. Allí se atesoraban los minutos que parecían ir en contra del tiempo.

El padre de Anna miraba a su hija dormir. Entre pensamientos dispares y miedo, escribía con desesperación cartas a viejos conocidos intentando reflejar lo valioso que era para él la vida de sus hijos. Intentaba transmitirlo a través de las letras, en una época en que se luchaba por salvar la propia vida, y no la vida de otros.

La noche reposando en una soledad que gritaba a voces, estaba ausente del miedo escondido en las calles. Parecía asustada de la niebla que dominaba el cielo.

La niebla era el alma convertida en cenizas de amigos y posiblemente familia, que habían sido arrancados de la realidad de su vida, para conservar una pureza de raza en la que ellos no tenían cabida.

En esos momentos pensó en el mundo que habitaba en la frontera de la tragedia que vivía. Millones de personas ajenas al miedo y desesperación, ausentes al temor de vivir cada día escuchando el idioma de la muerte. El resto del mundo dormía, mientras ellos morían.

El amanecer despuntaba. Cerró la carta que escribía para salvar a su familia, sin saber que aunque llegara a su destino, nunca sería la salvación de la esperanza que albergaba.

Caminaba lentamente la muerte, en la calle que sostenía la fachada del ático. Todo quedaba grabado en las pupilas de Anna. El efecto pasaba al corazón, después, los sentimientos llenaban de color y forma las páginas en blanco de su diario. Lo atesoraba como un salvavidas en su tragedia...

Una mujer corría escapando de los hombres de gris. Las voces del idioma enemigo gritaban en un tono grave. Era ese tono que se emite cuando el poder, te invita a matar sin tiempo para

reflexionar y pensar que al hacerlo, le quitas a otro ser humano lo más valioso que tiene: su vida.

## Penúltimo atardecer

Se asomaba el atardecer. Los colores del paisaje hacían caso omiso de la realidad. Bañaban sus colores el dolor de una ausencia. Sin embargo, era imposible no admirar la belleza que insinuaban los rayos del sol. El color cobrizo del campo era seducido por la caricia de los instantes que agonizaban ante sus ojos.

Pronto llegaría el manto de la oscuridad, admiraría el luto del paisaje; minutos negros perfumados con su soledad. El sueño, el gran antídoto para no verlo con total intensidad. Se durmió abatida con la química de una diminuta pastilla, sabiendo que su capacidad para amar había llegado en una lenta carrera a su último atardecer.

Lo creyó antes de llegar la tarde, antes de ver sus ojos por última vez, antes de perder la llama de esperanza que mantenía entre sus manos, antes de sostener los largos silencios en el espacio compartido. Después se acercó a la ventana para verle marchar, pero no pudo llorar. Los sentimientos no miraban atrás.

Solo pudo recordar sentada en su viejo sillón. Los recuerdos eran imágenes desdibujadas que se negaban a nadar entre el rencor. Se alimentaba de ellos para asegurarse de que su vida nunca había estado vacía, le acariciaban la nostalgia, embriagaban su melancolía.

## La imaginación en la maleta

Vivía en una casa adornada con los colores del campo. Colores que seducían a la imaginación, tonos que minimizaban la desesperación dando consuelo a la tristeza, imitando la sonrisa de un niño, dibujando una línea recta hacia un horizonte inquebrantable, jugando con el sol para crear una caricia con su calor, besando entre la brisa a los árboles seducidos por su magia, y, que nunca querían escapar del paisaje.

A veces sus ojos jugaban con dibujos imaginarios. Aprendió a viajar a paraísos desconocidos que se inundaban de mares, ciudades, amores, romances... que llenaban su vida vacía. Muchas veces creyó ser la heroína de sus propias historias. Se disfrazaba con máscaras que veía sin ningún esfuerzo al cerrar sus ojos por unos breves instantes. Navegó en aguas turbulentas, pisó tierras tan firmes como sus verdaderas huellas, sintió de verdad el calor de un beso, y el tacto de una caricia. Abrazó atardeceres, hizo el amor con muchos amaneceres. Siempre viajaba con maletas repletas de deseos que no llenaban su equipaje, porque eran dibujos que alejaban la tristeza, manos que agarraban a esta para no sentir su presión si intentaba robarles el oxígeno de sus sueños.

También a veces se disfrazaba con la máscara de la frialdad. Era esquiva, rechazaba en sus sueños ser su mano amiga, sin embargo, también fue capaz de sentir su gélido tacto. Pero eran solo sus sueños intentando atrapar sus deseos.

## Entre la realidad y el último atardecer

Se despertó cubierta de realidad. Se bañaba de ella y la alimentaba sin sueños. Le daba la mano para recordarle que nunca debía olvidarla. Se declaraba ante ella con el inventario de sus propios sueños aparcados en el perfil de su vida. Se dejaba llevar de su mano dando paseos por caminos carentes de escarchas. Encontraban la belleza de las rosas con la realidad de sus propias espinas, nubes hinchadas con la lluvia que borraban las huellas, árboles que ante sus ojos dejaban admirarse con algunas ramas partidas, risas infantiles jugando con los frutos caídos, hojas muertas que esparcidas en el suelo hablaban de la realidad anunciando que el verano se moría. También encontró la realidad de una nueva mirada, la certeza de caricias nacientes, el tacto del amor cuando una voz desea pronunciar tu nombre. Le encontró cuando la realidad ya soltaba su mano, cuando despuntaba lo que ella imaginó un último atardecer. Su último atardecer para el amor real y perdido que había enmascarado con sus sueños, y anestesiado al dolor con su imaginación.

## Con el amor entre sus manos

Su mirada suplantó a la realidad. Ella sabía que había soltado su mano porque sus ojos ahora ocupaban su lugar. Hablaban de cómo la vida, aparece en tu camino para cruzarse con tu mirada, aunque sea en unos breves instantes. Breves instantes, pero repletos de mensajes que en silencio dibujan la esperanza, bailan con la melodía alegórica de la alegría, tatúan su fuerza en el corazón que escucha el lenguaje de la verdad anunciando que mañana, la vida esperará verte con el amor entre tus manos, y te recordará que el amor nace entre las flores, aunque el otoño seque la lluvia de primavera, sus tonos se muestren en una escala interminable de grises, y una muerte lenta apague otro amor ante tus ojos; y no puedas hacer nada para salvarlo.

Se alió con la realidad para hacer el amor con el deseo reflejado en otra mirada. Una mirada que entendía sus secretos, que alimentaba su imaginación creyendo en sus letras, que no pisaba sus recuerdos, y así conseguir que nunca abandonara sus sueños. Entendió que estos formaban parte de su propia realidad.

## La voz de su nombre

El olor de la tierra mojada invadía el espacio. Formaba simbiosis con el pasar de los días. El tiempo era una metáfora porque había matado lugares vacíos que ahora se llenaban con la voz de su nombre, y la sonrisa reflejada en sus ojos antes de nacer un beso.

Las caricias ya no eran tardías, ahora sucumbían bañadas de primavera en cualquier amanecer, se empeñaban en resucitar la sensualidad de su piel alejándola de las máscaras de la desilusión. Aprendieron a adentrarse de la mano en su imaginación sin soltar la mano de la realidad que les abrigaba...

Una masa uniforme de montañas salpicadas por la nieve, les dejó sin palabras. Las nubes parecían jugar con las cumbres que impetuosas no dejaban dudas de ser las dueñas absolutas del entorno.

Montañas nevadas en sus cumbres, el cielo salpicado de nubes que parecían jugar con el espacio, y abajo se adivinaba lo que parecía ser una catarata que les invitaba a vivir. Con sus manos enlazadas, veían todo lo que se imponía ante sus ojos. La belleza visual enmudecía la voz, porque solo la imaginación crea la perfección de los sueños, porque sólo el amor consigue que dos latidos se escuchen en el silencio de un sueño.

## Penúltimo atardecer

Salió a pasear con su silencio. Volvía a dar la mano a la realidad cuando buscaba las palabras para hablar con su soledad. Una soledad que necesitaba para alimentarse con su propia voz, la voz que habita dentro de uno mismo, que no es capaz de hacerse escuchar cuando las manos se abrigan en los recuerdos que siempre lastiman.

Ahora sus dedos habían desatado los nudos que la encarcelaban en la tristeza. Salió para celebrar sus sentimientos, aceptó la invitación del atardecer que la llamaba desde la ventana. Se impregnó del frío rozando su cara, se dejó acariciar por un árbol cuando al sentarse, su tronco besó su espalda. Miró el avance del atardecer en total silencio, como temiendo que incluso sus propios pensamientos pudieran alterar la belleza del ocaso de un día. Se sintió parte del paisaje. El horizonte le hizo recordar los momentos en los que pensaba que había llegado su último atardecer, se levantó en silencio y volvió a marcar el camino con sus pasos. Sus pies ya no estaban cansados y sus manos enlazadas en la realidad, entendieron que la vida le había regalado un penúltimo atardecer.

## Se fue

Se fue una madrugada cuando aún el sol tejía sus rayos de calor. Se fue cuando los colores seducían los rincones de la habitación en la que él, recogía pertenencias, recuerdos y silencios. Se marchaban los instantes que nunca miraban atrás.

La maleta se llevaba los besos que sostenían las láminas adornando las paredes, se habían quedado prendidos al ser testigos tantas veces de su amor.

Se hacía la dormida; él jugaba a creer que dormía, mientras tanto, se formaba la crónica de un desamor.

Se cerró la puerta en algún rincón perdido de su corazón... Se fue cuando el futuro estaba sin llenar, y el presente se aburría de tanto esperar.

La noche anterior lo supo por sus ojos. Lo adivinó en una mirada inundada de adiós.

— ¿Te vas?

— Es lo mejor. La quiero a ella.

Ahora los últimos pasos sacudían con su eco suelos, paredes, y recuerdos.

Mientras esperaba el primer café, en la ventana desfilaba el frío de la mañana. Las golondrinas apresuradas, se escondían en los nidos de las fachadas... Se fue el murmullo de su silencio, se fue su cuerpo, que en las noches era muro de sus sueños.

En los días siguientes el tiempo pasaba sin mirarla de frente. Se ocultaba el sol en atardeceres escondiendo sus colores bajo la almohada. Todavía, conservaba caricias preñadas de recuerdos. Sin decir adiós a la luz de sus días, llegaban las noches.

— Dime, ¿con quién estás esta noche?

Se quedaban las preguntas seduciendo a la soledad, que bailaba una melodía con aroma de vals, «Vals de una despedida».

Las respuestas se dormían en la estela del insomnio. Jugaban las luces de la noche con las sombras que inventaban sus ojos. Estaría con ella suplantando los besos que le había negado, besos que se habían acumulado en los bordes de una cama fría. Ella que era más joven, tenía ahora el cuerpo a la medida de lo que las manos que tanto había querido, necesitaban para despertar el deseo... Se fue cuando la soledad empezaba a disfrazarse de esperanza.

Le conoció aquel día repleto de instantes que reclamaban caricias. La acogió su cuerpo cuando sus manos despertaban del frío. Se quedó en su vida, se acomodó en su casa, en el instante que comenzaba a caminar deprisa.

Abrazó su cama, sembró la risa en los peldaños de su deseo. Se asomó al balcón profundo de sus ojos, dejó que sus manos y su boca, devoraran el deseo que no sabía escapar de su cuerpo.

La soledad gritaba en su espacio vacío. Se puso un vestido del color de la nostalgia, se dejó perder por la acera intentando ser devorada por la noche. Desfiló despacio, vendió su deseo.

A la vuelta llevaba unos besos desconocidos escondidos en las grietas del olvido. Las huellas de unas manos, dejaban su piel fría.

Le dolía la soledad que deja el sexo sin amor. Volvía deprisa para borrar su rastro con agua y jabón... Se fue cuando aún sus labios, cerraban las grietas del frío amor.

## La noche anterior se había dormido deprisa

Languidecía el otoño, acentuando sus colores en el tono gris que acompaña la tristeza.

El tiempo empujaba envuelto con risas sonando a ironía. Se mezclaba con la frialdad del asfalto, la pereza de la mañana y la dureza de la noche. Entre ruidos de oficina, saludos y palabras huecas, sentía los pellizcos que el vacío daba a su vida rota. Caminaba lentamente en el ir y venir del presente latente, y también ausente.

Desde el día en que al mirarla se quedaron sus ojos enganchados en una sonrisa, atrapó en un instante la emoción, que muere deprisa. Sus manos se aferraban al volante. Su reflejo en los cristales se burlaba de ella, mientras volaba a kilómetros del suelo. Los árboles parecían manchas cortando el paisaje. Sus pensamientos estaban teñidos del gris del otoño, del frío del desamor... Él se fue, se rompió el amor.

Las ruedas llegaron al lugar donde le había atrapado con su amor. Las montañas absorbían sus huellas en un atardecer sin sombras. Sus pies estaban clavados en el lugar donde tantas veces habían hecho el amor. Cerraba los ojos evocando recuerdos, sintiendo sus manos al bordear su cuerpo. Deseando sus labios, dibujando el deseo. Se estremeció mientras el atardecer moría. Ahora el frío del suelo rozaba su espalda y traicionaba al recuerdo. Las lágrimas surcaban su cuello... Se fue con su vientre vacío de vida.

A la mañana siguiente llovía. La lluvia besaba en silencio. El silencio era tan profundo, que solo lo percibía ella.

Se asomó al balcón, dejó que el viento impregnado del olor de la tierra mojada, acariciara su piel. Apareció ante sus ojos con una sonrisa dibujada y fingida. Se acercó al sillón para suplicar su perdón. Le escuchó mientras la lluvia parecía desear mojar la frialdad de sus manos. Le miró confundiendo su pelo con el silencio que gritaba despacio. Escuchaba palabras que nacían confundándose con el viento empapado de lluvia; su corazón hasta ayer abatido, era ahora una roca sin color, ni sonidos. Sufrió sus abrazos fríos, miró sus ojos abatidos, dejó que sus manos resbalaran en su falda arrugada. «No pudo sentir nada». Él la miró. Se encontró unos ojos desconocidos, no encontró huecos para dejar descansar su mirada, veía un rostro mirando al vacío, se dio cuenta de que la había perdido. Se sentó a su lado, se quedó dormido.

El amanecer despuntó cuando la lluvia se quedó en la parada del olvido. Se escuchaban los trinos que anuncian que el tiempo sigue su camino.

Él despertó y sintió mucho frío. El sillón estaba vacío. La buscó entre las paredes que acogían su desesperación. Encontró unas letras encerradas en un adiós... Se fue con un horizonte roto entre sus brazos.

Ella volvió días después, con el olor del mar en su memoria y el color del sol en su piel. Tenía en sus manos la suma de una vida que aún no había caducado. Se asomaba al precipicio del amor, esperando encontrarle despierto. No se acordó de él cuando otros labios dibujaban su cuerpo. Si la hubiera esperado, quizás le hubiera regalado momentos, pero... Él se fue cuando ella ya estaba demasiado lejos.

## 12 Silencios

Amanecía en una ciudad. En esos momentos parecía dormida. No había palabras enredadas en el aire, ni coches saliendo del abrigo de sus garajes, no había miradas buscando soledad en el paisaje.

Amanecía con la ausencia de colores del invierno, el frío de la calle imaginado hacía estremecer a Daniel.

Daniel se despertaba en un domingo vacío de deseos. Sus sábanas habían enfriado el espacio que estaba desierto a su lado. La noche anterior llenó ese hueco un cuerpo que habló con el suyo un idioma de soledad compartida bajo el manto del silencio. Lo encontró en el momento en que el alcohol acariciaba su sangre, y su cuerpo deseaba otro cuerpo.

Intentó recordar algo más mientras tomaba café muy cargado en la cocina. Ella se había acercado a buscar lo que él también quería. Le hablaba con su ropa ajustada, con el perfume que adormecían los sentidos de la seducción, con el escote que guió sus pasos directamente hacia su coche.

La ropa se quedó olvidada en el suelo, no vio sus ojos, se quedó dormido. En algún momento de la noche se había marchado. Siempre hablaba el deseo de su cuerpo; permanecía el silencio de la mirada.

Se cobijó al abrigo del agua caliente, sus poros abiertos se llenaban del calor que poco a poco despertaba su cuerpo, se quedó bajo el agua, dejó que empapará las huellas que todavía estaban haciendo preguntas que él no escuchaba.

Envuelto en su bata, arrastraba los pasos con el ruido de la madera del suelo, se dejó envolver por la música en un vano intento de disfrazar sus pensamientos, se sentó en el sofá; miles de preguntas se perdían en su espacio. ¿Por qué nacen tantos silencios? ¿Por qué no dejo huellas en ninguna madrugada? ¿Seré quizás sombra reflejada en un espejo que nadie mira? El cielo no quería aliarse con los momentos del día.

Pasaría el domingo, moriría ese silencio y nacerían nuevos silencios envueltos entre los instantes, que acompañaban a las semanas vacías de palabras en la mirada.

Paró la música y en apenas unos momentos, se dio cuenta de que el miedo le hablaba de soledad, le hablaba de capítulos pasados que no se habían cerrado y ponían cerrojos a sus sentimientos. Pensó en los silencios que había regalado y habían hecho daño; pensó en aquellas personas que al equivocarse en su camino le habían abandonado; se dio cuenta de que cuando alguien te ayuda de verdad, sabes quien pudiendo hacerlo no lo hizo en realidad. Se acordó de Tomás, el amigo que tiempo atrás dejó su puerta entreabierta, cuando todas estaban cerradas.

Le mandó un mensaje para desearle un feliz domingo. Abrió la ventana, su aliento se mezcló con el frío dejando una huella que murió en un instante, sus ojos vieron cómo moría una mañana fría.

Moriría también otro mes, el tiempo seguiría burlándose de los latidos atrapados en sus manos, latidos que nunca se reflejaban en otros ojos.

Moriría enero repleto de miradas acumuladas que no habían dicho nada, miradas en las que siempre se reflejaba el silencio.

Al nacer febrero se había olvidado la resaca de la Navidad. Daniel, empezaba una semana y como cada día después de madrugar, empezaban a despertar los sentidos. Su cabeza se ocupaba de ponerle al corriente de datos que debían llenar su sitio en las horas que le esperaban de trabajo.

Recibía información que debía constantemente consultar y comprobar en su agenda.

Su pequeño despacho era como el bolso de una mujer, un pequeño espacio lleno de poder, en el que guardaba y acumulaba todo aquello que necesitaría cada día, e incluso a largo plazo.

Su pequeña empresa había nacido tres años atrás. Después de terminar la carrera de Empresariales, Daniel se decidió a crear su negocio de mensajería. Su equipo de trabajo estaba integrado por varios mensajeros y su secretaria, una chica que compaginaba el trabajo con su familia, y los estudios que cursaba arañando el tiempo de cada día. Su trabajo cumplía con lo que hasta ahora había sido su idea de hacer progresar una empresa, varios contratos, promociones constantes de su empresa en Internet; todo avanzaba bien.

Mientras iba pasando lentamente ese mes, Daniel, seguía abrazando a la soledad en las horas en que su trabajo no ocupaba su tiempo.

Había llamado varias veces a su amigo Tomás, le había mandado mensajes, pero nunca obtenía respuesta.

Sabía que estaba bien. Amigos comunes le habían dicho, que estaba volcado en su familia y en su trabajo, pero Daniel, no entendía el silencio que obtenía por respuesta. Las prisas robaban instantes de amistad.

Él siempre respondía mensajes, e incluso correos que recibía de viejos y nuevos conocidos, y un fin de semana se dedicó a pensar en ello.

Tomás le había ayudado tiempo atrás. Quizás ahora su amistad no entraba en sus planes, seguramente había perdido interés por algún motivo que se escapaba a su entendimiento.

Daniel, sabía, que en la amistad era muy importante la reciprocidad.

Cuando un día de pronto empiezas a darte cuenta de que una amistad reside dentro de la unilateralidad, empiezas a plantearte si realmente haces bien en sembrar en ese campo.

Empiezas a hacerte innumerables preguntas. ¿Por qué siempre doy yo el primer paso? ¿Por qué si dejo de hablar yo... hay un eterno silencio? ¿Qué puedes pensar si de pronto crees, que por tener tú siempre la iniciativa puedes llegar a molestar? ¿Por qué dudas? ¿Haces caso de tu instinto o sigues sembrando una amistad en la que cuando tú, guardas silencio, ni tan siquiera la otra persona piensa que te ha podido suceder algo?

Tomás era el gran silencio de Daniel en esos días. Quizás a su amigo le molestaban su continuos mensajes o sus llamadas, quizás estaba claro que si su amigo nunca tomaba la iniciativa o daba el primer paso, él sencillamente debía respetar su silencio.

Pero, ¿por qué después de ayudarle guardaba tanto las distancias? De nuevo moría otro mes marcado por un nuevo silencio. El silencio de la duda.

Al comenzar marzo la tragedia sacudió a la ciudad. Tres trenes de cercanías a primera hora de la mañana, estallaron repletos de personas que aún dormidas, se dirigían a sus trabajos. Daniel, vivía muy cerca de la estación más afectada por la tragedia, y escuchó el ruido.

Al cabo de unos minutos, el zumbido de las sirenas inundó la ciudad. Daniel puso la televisión y cuando empezó a ver la magnitud de la tragedia, un nudo ató su estómago. Llamó a su secretaria, y después de asegurarse de que todos estaban bien, le dijo que arreglara todo. Le dijo que se marchara a su casa con su familia, y que indicara a todos sus mensajeros que ese día no se trabajaba.

Se quedó frente al televisor viendo el desastre del atentado en los tres puntos de la ciudad. La gente lejos de correr asustada, se volcaba en ayudar a los posibles supervivientes. Las pocas personas que habían sufrido leves heridas, se adentraban en los restos de los vagones; estaban repletos de hierros retorcidos, cuerpos destrozados, libros que se habían quedado por terminar, móviles sonando, restos de vida y desesperación a lo largo de las vías del tren.

Daniel vio cómo las vidas truncadas habían muerto por nada. El fanatismo de una idea había sembrado la muerte. Pensó que el más débil, siempre pagaba por aquellos errores que otros habían cometido. La política de una guerra absurda y también incomprendida por la mayoría de la gente, se había transformado en un revés hacia la paz.

Daniel recordó un documental que una vez había visto sobre la tragedia de Guernica, ciudad de la comunidad vasca, en la provincia de Vizcaya. Allí el 26 de abril de 1937, una legión alemana llamada Cóndor, al servicio del antiguo régimen, había bombardeado indiscriminadamente a la población civil. Infundieron el terror en la población, y ese terror les hizo colaborar con el régimen franquista para dos meses después, conquistar la ciudad de Bilbao. Un hombre que ahora tenía más de 80 años, había hablado con la emoción contenida en sus ojos de lo que aquello había supuesto para él, cuando tan solo tenía 16 años. Tanto él como su familia, se habían refugiado en el bosque y detrás de su espesura, miraban la destrucción de su ciudad y sus bienes.

Daniel recordaba el óleo pintado por Pablo Picasso, inspirado en esta tragedia. Un óleo precedido de croquis pintados en color por el pintor y que sin embargo, la obra definitiva había sido realizada en blanco, negro y en todos los matices del gris para acentuar así, la carga de terror que el autor deseaba transmitir. El lienzo se había destacado por ser una protesta política del autor, que hasta ese momento se había destacado por demostrar en sus obras, sentimientos desorbitados de su propia personalidad, sin comprometerse nunca en todo aquello que sobrepasara su propio límite. El egotismo se había transformado en un compromiso personal del autor con la masacre. La tragedia que invadía ese día su ciudad, no había sido bombardeada, no había sido a causa de una guerra civil, pero una guerra seguía siendo la causante de la confusión y el caos.

El día transcurrió mientras Daniel, veía el dolor reflejado de todas aquellas personas que habían perdido a alguien que unas horas antes, se habían despedido con un beso o un sencillo «hasta luego». Gestos cotidianos que llenan la vida de una persona, que atan lazos de una familia, madres que no verían más a sus hijos, hombres que habían perdido a sus mujeres con su vientre repleto de vida a punto de nacer... Daniel, lloró. Sus lágrimas fueron por desconocidos que dieron la vida por nada.

Al día siguiente la ciudad latía en un eterno silencio. Estaba impreso en las miradas. Ni siquiera el ruido del tráfico era como todos los días. El mes transcurrió con mucha confusión. Daniel había sentido el silencio de la solidaridad. Había un silencio que Daniel palpaba más intensamente.

Ese silencio que habita en tu interior, el silencio de los recuerdos que en el mes de abril, mostraba su rostro para cada año meditar sobre su pasado. El miedo, las dudas, la nostalgia, la melancolía, todo le asaltaba en cada aniversario.

La reciente primavera hablaba de renovación. Daniel se sentía en simbiosis con la naturaleza. Tenía una casa abandonada en la playa, a la que no había vuelto desde la muerte de sus padres. Allí pasó muchos días de su infancia. En ese rincón aprendió a conocer el mar, a sentirlo dependiendo de la época del año en la que estaban. En otoño, el mar empezaba a mostrar su furia con una inmensa calma. En invierno se mostraba impetuoso, enfadado, y las olas dejaban claro que era mejor mantenerse en la orilla. En primavera comenzaba de nuevo a calmarse, y algunos días, el agua te acariciaba anunciando el calor del verano.

Después en las vacaciones, la playa se inundaba de gente buscando un paréntesis que alteraba la belleza de la playa. Cuando Daniel, iba a empezar la universidad, empezaron las diferencias con su padre. El padre de Daniel, vivía en el pasado e intentaba chantajearle emocionalmente para que viviera la vida según sus propias creencias. Al principio, Daniel, cedía. Después se sublevó cuando su padre intentó que ingresara en la academia militar. Recurrió a mil chantajes que rozaban la humillación y mientras Daniel, veía el sufrimiento de su madre, luchaba para poder mantenerse firme en sus decisiones.

En una de las eternas discusiones y frustraciones que tuvo con su padre, Daniel, salió a divertirse y conoció a gente, que le movió por terrenos desconocidos y peligrosos que casi le costaron la vida.

Drogas, sexo fácil, y a menudo el borde del abismo. Se metió en problemas, dejó deudas pendientes que su padre pagó. Recibió una paliza que le pasó factura más por dentro que por fuera, a pesar, de la cicatriz que le habían dejado de recuerdo en un costado. Un recuerdo de arma blanca.

Su padre se asustó y cedió en todo, pero nunca volvieron a ser realmente padre e hijo, su padre nunca le perdonó lo que había pasado, le echaba constantemente en cara su falta de criterio y antes de empezar su carrera, Daniel, se marchó a la ciudad.

Allí empezó su nueva vida, lejos de sus padres y escapando de todo lo malo que le había sucedido. Su padre pagó sus estudios. Daniel, solo los veía en Navidad. Dos años después sus padres murieron en un accidente y nunca más volvió a la casa de la playa hasta ahora, que había decidido volver.

Cuando estaba llegando, pasó por todos los sitios que le recordaban el pasado. Inconscientemente, luchaba consigo mismo por vencer el miedo y volaba con el coche sin mirar atrás. De pronto pensó qué pasaría si alguien de ese oscuro pasado le reconocía, el miedo le hizo alejarse hasta la casa que le esperaba vacía.

Cuando llegó, intentó calentar el ambiente, todo estaba vacío de vida. La casa estaba limpia, le había encargado a alguien conocido que se ocupara de ello. Salió a la terraza y el mar aparentemente en calma le hizo sentir lo solo que estaba.

Recordó todo. El silencio le golpeaba por dentro, el miedo lejos de bloquearle le hizo reflexionar. Por primera vez entendió a su padre y sufrió por su madre. Cuando murieron no sintió nada, no reaccionó. El tiempo que había pasado lejos intentando olvidar, había sido solo una máscara que en realidad le había hecho huir, sin afrontar realmente que al miedo había que mirarlo a los ojos. Lloró por sus padres, por su soledad; lloró en silencio.

Aquellos meses de abismo, habían pasado, tenía que aprender a no sentir miedo del pasado, y no permitir que esas horas negras marcaran para siempre su vida. Supo en esos momentos que si no lo superaba, nunca sería capaz de amar, de ver el amor en otras miradas.

Ahora no se sentía culpable, ahora solo quería que el silencio de los recuerdos le hablará sin prisa, que le enseñara a vivir con ello y no a partir de ello. El capítulo debía cerrarse pero sin olvidar ninguna de sus páginas. Se sentó para ver el atardecer. Veía cómo el paisaje se iba oscureciendo al adentrarse el sol en el suelo del horizonte. Esperó a la oscuridad para hacerse amigo del silencio de los recuerdos, que habían hecho sombra hasta ahora en su vida.

Ahora Daniel, conocía también el silencio del pasado que pasaba factura. El silencio se quebró un instante. Su móvil le avisó. Había recibido un mensaje: «Espero que estés bien, me acordé de ti el día 11, por favor dime si estás bien Daniel». Se sintió querido, su amigo Tomás había roto el silencio. Recordó en esos momentos, lo despistado que era su amigo y lo poco que le gustaba mandar mensajes; daba igual, Tomás, le recordaba y le respondió enseguida.

Se había atenuado el frío de la calle, se había mitigado el frío interior de Daniel. Mientras transcurría mayo, estaba entendiendo que el pasado oscuro no debía cerrarle puertas, más bien le abría nuevas esperanzas cuando se daba cuenta de que aprendía de todo lo que le había sucedido. Se había quedado en paz, había sido capaz de dar pasos que antes no daba. Unos días antes había esparcido las cenizas de sus padres en el mar que tanto habían amado, y al esparcirlas, había lanzado también las cenizas de su pasado.

Muchos de sus sentidos habían despertado, ahora era capaz de percibir colores que antes ni tan siquiera veía, sentir sensaciones que antes pasaban de largo en la estación de su vida.

Mientras pensaba en todo ello, sonó su móvil. La voz de mujer le resultó familiar.

— Soy Silvia, ¿cómo estás?...

Silvia, ¡menuda sorpresa!; había sido compañera de universidad, amiga y amante en una época en la que aún permanecían latentes muchos sentimientos de su vida.

Silvia, había venido a la ciudad por trabajo y Daniel, le ofreció su casa, su amistad y compañía, para tener más tiempo y recordar juntos antiguas historias. Cuando la vio apenas había cambiado. Su pelo era más largo y seguía teniendo esa suave belleza que Daniel recordaba muy bien. Volvió a sentir de nuevo el deseo que nace del sentimiento.

Le habló de su vida, le habló del hombre que vivía con ella, y entre ellos nació el vínculo que une a dos personas, ese vínculo que al volver a encontrarse, hace que te des cuenta de que no tiene nudos que te aten al presente, solo nudos que atan en los recuerdos, suficiente como para no poder sentir a esa persona, ausente en tu vida.

Hablaron, recordaron, rieron e incluso lloraron juntos. Silvia se alojó en su casa y durante unos días compartieron, techo, comida, cama y silencios.

Daniel volvió a sentir la calidez de un cuerpo cercano, la esencia femenina entre su espacio, pero los días pasaban demasiado deprisa y Silvia volvería a su vida. Silvia le acompañó durante ese mes, después se marchó.

Daniel supo que nunca olvidaría el lenguaje de su cuerpo. Lamentó que no se quedara más tiempo. Le propuso quedarse, pero ella no quería prescindir de su vida, del bienestar que el hombre que la acompañaba podía darle. Daniel se volvió a quedar solo. Se dio cuenta de lo mucho que había cambiado su amiga. Antes cuando estaban juntos, ella no daba valor al dinero, le preocupaba el amor, o sentir todo tipo de emociones. Ahora Silvia, medía su bienestar por el grosor de la cartera del hombre con el que se casaría.

El silencio le dio una tregua. La esperanza le visitó durante un mes. Ahora convivía con el silencio de un amor reencontrado y perdido al mismo tiempo.

En el mes de junio uno de sus mensajeros se casaba. Un mes atrás había recibido la invitación, y al llegar el momento decidió ir. Era un sábado soleado, un sábado más en la vida de Daniel. Las flores inundaban las calles, los árboles florecían en un estallido inigualable de colores.

Daniel llegó a la iglesia repleta de gente que no conocía, pensaba que se había equivocado en su decisión de ir, hasta que la vio a ella.

Estaba sentada delante de él. Estaba envuelta en un vestido de color azul que marcaba su cuerpo y Daniel, solo deseaba ver sus ojos, percibir su mirada.

Los ojos de Daniel se quedaron impresos en el pelo de la desconocida que le robaba atención a todo lo que sucedía a su alrededor.

Acabó la ceremonia, ella salió a la calle. Daniel la siguió y se encontró con sus ojos.

En ellos descubrió una belleza que hablaba de olvidos, tristezas, y de esa sensualidad que solo una mujer puede transmitir. Ella le miró con una sonrisa en su mirada, le habló sin pronunciar palabra.

Se llamaba Natalia, y rompió el silencio que Daniel, hacía mucho tiempo que no encontraba en otras miradas.

Natalia, se había casado tres años atrás con un chico del pueblo en el que vivía. Intentaron tener un hijo, pero no lo conseguían. Ella se hizo innumerables pruebas para saber después que no tenía ningún problema. Animó a su marido para que hiciera lo mismo, pero él se negó. Deseaba tener un hijo por encima de todo, le echó la culpa a ella, no podía admitir que quizás él tenía el problema. No quiso saberlo.

Le dijo a todo el mundo que su mujer no era fértil, y la abandonó. Después, Natalia, pensando que tal vez el médico se había equivocado y su marido estaba en lo cierto, firmó todos los papeles que le pusieron delante, y se marchó a la ciudad dejando todo atrás.

Se vieron muchas veces, entre ellos nació una gran amistad. Daniel, deseaba acercarse más, pero ella desconfiaba demasiado del amor, marcaba distancias entre ellos, había olvidado entregarse a otra persona. Después de un mes, Natalia le dijo que necesitaba dejar de verle para pensar en ello.

Daniel respetó su decisión, pero los primeros días sin ella, fueron como si de pronto los minutos que pasaban le golpearan, sentía como si una mano parara todos sus movimientos. Sentía el silencio que solo es capaz de escuchar a la tristeza. Un silencio que nadie puede llenar. El silencio de la ausencia.

El calor del verano se reflejaba en el asfalto. El mes de julio prometía soledad y vacíos que Daniel no sabía cómo llenar.

El trabajo empezaba a flaquear. A pesar de que aún había actividad, la ciudad se preparaba para empezar a huir del cansancio del resto del año intensificado por el calor.

En ese mes todavía quedaba mucha gente en la ciudad, pero en el próximo habría un abandono total del asfalto y del ruido.

Daniel, había hablado dos días antes con Tomás. Le había pedido disculpas por no responderle. Su madre había muerto y se había olvidado del móvil por unas semanas. Cuando el terrorismo visitó la ciudad, sintió un fuerte deseo por saber que estaba bien. Ahora se marchaba los meses de verano, como todos los años, fuera de la ciudad. Daniel le dijo que él iría a su casa de la playa. Recordaron aquel verano cuando juntos, habían pasado tan buenos momentos en aquella casa, momentos que Tomás nunca había olvidado. En el mes de septiembre habían prometido verse. Daniel dejó claro a su amigo su gran deseo de abrazarle.

Natalia, seguía presente en su vida. No sabía si debía olvidarla, no sabía cómo hacerlo, ella siempre estaba ante sus ojos. La veía cuando intentaba conciliar el sueño, la veía en cada instante del día, la veía incluso en los gestos de otras mujeres.

No se atrevió a romper el silencio que ella le había pedido. Un día decidió ir hasta su trabajo, sin ser visto. Quería verla, saber si estaba bien. Se refugió del calor en una cafetería que había enfrente de las oficinas donde trabajaba Natalia. Los amplios ventanales le permitían mirar sin ser visto.

Esperó. Natalia, apareció envuelta entre ropa de algodón: camiseta ajustada y shorts de color marrón. Daniel buscaba sus ojos que ocultaban en unas gafas de sol. Apareció un hombre joven y se fundieron en un abrazo. Todo se paralizó, por unos instantes no escuchaba las voces que llenaban la cafetería, no pudo pensar nada. Instintivamente, sacó un billete, lo dejó encima de la mesa y salió sin mirar atrás.

No fue capaz de conducir. Se marchó caminando, sin percibir el calor que le hacía sudar. Sólo sentía el frío de un abrazo que le pinchaba la memoria.

Mientras tanto, Natalia, se agotaba de gritar su nombre. Le llamaba entre el gentío y el calor, pero Daniel, únicamente escuchaba al caminar, el silencio de los celos.

Agosto llegó acentuado por la indiferencia. Daniel, sentía una apatía total por todo. Después de colgar el cartel «Cerrado por vacaciones» guardó en su bolsa de viaje lo que necesitaba y se dirigió a su casa de la playa.

Dejaba atrás por unas semanas una ciudad que respiraba soledad. Recibió varias llamadas de Natalia que no quiso contestar. No deseaba hablar con ella. No estaba preparado para mirarla a los ojos mientras le explicaba que se había enamorado. Daniel imaginaba que deseaba decirle, que había encontrado a alguien con quien quería olvidar.

Los primeros días después de llegar, bajaba a la playa y al acabar el día, volvía a su casa, para ver desde su terraza cómo la gente abandonaba lentamente la orilla.

Una noche Daniel, se decidió a salir. En esos momentos el pequeño pueblo hervía de gente, alterando la tranquilidad que reinaba el resto del año. Recordó un lugar al que su padre solía llevarle. Al final de la playa, subiendo una pendiente, una casa estaba anclada en el paisaje. Cuando había luna llena, la luz parecía un foco que iba directamente hacia ella.

Su padre y él se sentaban en la arena. Él miraba la casa iluminada, mientras el mar intentaba tocar sus pies en la orilla. Recordó cómo de pequeño jugaba a retroceder cada vez que una ola se rompía ante sus ojos. Se acordó de que una noche al mirar la casa bañada por la luz, su padre dijo:

—Yo tampoco me canso de mirarla. Cuando la luna está llena como hoy, su luz ilumina todos sus rincones, por dentro es tan bella como por fuera.

— Papá, ¿has estado dentro?

— Vamos a casa, se hace tarde y tu madre se preocupará.

Ahora al recordarlo, Daniel, se dio cuenta de que su padre pensó en voz alta. Él estuvo en esa casa, estaba seguro porque recordó con total nitidez la mirada de su padre, una mirada que guardaba muchos secretos.

Cuando llegó a su casa se acostó pero no podía conciliar el sueño. Pensaba en la casa, en lo que acababa de recordar. Se acordó de que nunca habían ido durante el día, y que su madre nunca les acompañó.

Por su mente empezaron a cruzarse pensamientos confusos y mientras llegaba el sueño, decidió que al día siguiente iría a bañarse a esa parte de la playa.

Cuando llegó, la arena quemaba los pies. Se situó cerca de la casa y casi al mismo tiempo, vio como una mujer de mediana edad, salía con un niño a la arena.

El niño corría entusiasmado hacia el agua. Pasaron por su lado. Al niño se le cayó de las manos una pala para jugar con la arena. Daniel se la dio.

La mujer al verlo se volvió para darle las gracias. Al mirarle cambió el gesto de su rostro, se quedó mirando sin decir nada. Se quedó paralizada.

— ¿Se encuentra bien?

— Disculpe, me recordó usted a alguien que conocí. Vamos Rodrigo, nos quedaremos sin sitio.

Rodrigo, igual que su padre. Fue tras ellos, tenía que asegurarse de que lo que pensaba era cierto.

Hablaron durante todo el día. Daniel, descubrió que ese niño era su hermano. Diez años atrás, su padre visitaba esa casa a diario. Ella se llamaba Celia, y se enamoró del hombre equivocado. Cuando le dijo que estaba embarazada, su padre intentó ayudarla, pero sin comprometerse. «No puedo dejar a mi familia. Deberías haber tenido más cuidado».

Celia, se marchó. Cuando su padre volvió, había desaparecido. Al cabo de unos años había vuelto cuando imaginaba que él ya la habría olvidado.

Daniel le contó que había muerto. Ella le escuchó sin demostrar ninguna emoción.

— Quisiera estar en contacto con él, me gustaría conocerle. Me gustaría que estuviéramos en contacto los tres.

Rodrigo era un niño alegre, que estaba totalmente vinculado al mar. Tenía además en el brazo derecho, la misma marca que tenía Daniel, la misma marca que tenía su padre.

Le vio durante todo el mes. Le habló de la ciudad, le dijo que podría ir con su mamá siempre que quisiera.

— Mamá, ¿podemos ir?

— Quizás en Navidad.

El último domingo del mes, Daniel se despidió de los dos, le hizo prometer a Celia, que no alejaría al niño de él.

Se marchó de vuelta a la ciudad con la sensación de que todo había sido un sueño. Pero sabía que era real. Tenía un hermano pequeño, que ya formaba parte de su vida.

Ahora entendía muchas cosas. Su madre había muerto sin saber nada. Su padre se había marchado con un secreto. Un secreto que la casualidad había querido romper. Daniel conducía con el silencio de un secreto roto como compañero de viaje.

Cuando pasó la primera semana de septiembre, la normalidad casi había vuelto a la ciudad. El calor se negaba a marcharse, pero al menos por las noches mientras el mes avanzaba, la brisa ayudaba a conciliar el sueño.

Daniel, llamaba a Rodrigo muy a menudo, quería que su hermano aprendiera a quererle. La edad de su hermano le permitía recurrir a ciertos trucos que facilitaban el acercamiento y Celia, no lo impedía. Daniel, temió al principio que ella le alejara de él, sin embargo, se dio cuenta de que deseaba que su hijo al que había criado lejos y en soledad, no estuviera nunca solo. Daniel, confió en que ella se daría cuenta con el tiempo, de que él no era como su padre.

Haber encontrado a ese niño, había sido para Daniel un atenuante para todos sus problemas. Ahora trabajaba con más ilusión y aunque no conseguía olvidar a Natalia, aprendía a pensar en ella, sin sentir dolor. A mediados de mes, Tomás, le llamó. Quedaron para comer. Cuando Daniel, le vio, esbozó una sonrisa. Tomás tenía muy pronunciada la curva de la felicidad. Se abrazaron y Daniel, bromeó sobre su inmensa barriga.

Le habló a su amigo de Natalia. Le contó cómo había descubierto a Rodrigo. Su amigo le escuchaba sin saber qué decir, pero se alegró al ver que ahora nunca estaría solo.

El sábado siguiente, salió a comprar muebles para rellenar la habitación que le sobraba en su casa. Quitó todos los trastos inútiles. La dejó vacía, para ocuparla con todo lo que su hermano pudiera necesitar.

Compró dos camas pequeñas, varios pijamas, y algunos juguetes. Preparó todo para que cuando Celia y su hermano llegaran, se sintieran bien. Celia, le había dicho que sería conveniente hacerse las pruebas de ADN, para tener una total certeza. Ella deseaba hacerlo, para estar más tranquila. Daniel lo entendía y no se negó, lo hacía por ella. Sabía que ese niño llevaba parte de su sangre.

Otro mes moría con una ilusión que se llamaba Rodrigo. Ahora el silencio no aplastaba los pensamientos de Daniel. Solo le acompañaba cuando él lo necesitaba. Ahora convivía con el silencio buscado, ese silencio que únicamente es patente cuando tú decides abrazarlo. Daniel, pensaba lo mucho que su vida había cambiado en un año. El otoño pasado se sentía muy solo.

Cuando llegaba a casa después de un día de trabajo, muy a menudo volvía a salir, porque no podía soportar el aislamiento que su casa le daba. Una vez en la calle, bebía hasta embriagarse en algún local donde él se confundiera con el ambiente y pasara desapercibido. Ocasionalmente volvía a casa acompañado. Algunas veces conocía a alguna mujer que quizás como él, buscaba sexo fácil, sin involucrarse sentimentalmente. Daniel recordaba que ni siquiera era capaz de besar en la boca a sus parejas ocasionales.

Ahora todo era distinto. Evitaba ese tipo de encuentros, porque había aprendido a disfrutar del resto de las personas. En el caso de las mujeres, no se permitía ser elegido. Ahora no era capaz de hacer el amor, si no tenía un sentimiento más o menos profundo hacia una mujer.

Se había dado cuenta de que antes buscaba la perfección física en el cuerpo de una mujer, algo que era coherente si tan solo deseaba disfrutar del momento. Sin embargo, ahora eso había dejado de impresionarle.

Desde que había conocido a Natalia, sentía el cuerpo de la mujer de forma diferente. Cuando amabas a una mujer por cómo era interiormente, su cuerpo era tan solo un complemento añadido para el placer compartido.

Natalia era atractiva, su belleza no era demasiado pronunciada, no era de esas mujeres que los hombres se vuelven a mirarla cuando pasan por su lado. Pero al tratarla, se acentuaba su

atractivo en todos y cada uno de sus gestos, y eso quizás no todos los hombres eran capaces de apreciarlo en una mujer.

La mayoría, se quedaban en el camino buscando un cuerpo a la medida de sus propios deseos, cuerpos perfectos o casi perfectos, y en algunas ocasiones buscaban más la aprobación de los demás, que la suya propia. La publicidad tenía mucho que ver en todo esto. Se vendía una imagen perfecta, después los hombres no exigían menos en sus vidas diarias, la mujer por otro lado intentaba parecerse a lo que vendían los medios y se olvidaban en ocasiones de ser ellas mismas. Así pensaba y sentía él mismo un año atrás, ahora sabía que actuar así, significaba perderse gran parte del desfile de la vida. Natalia, no era así.

El verdadero deseo hacia otra persona nacía por motivos que nada tenían que ver con la perfección física del cuerpo. El deseo se hallaba en gestos, miradas, risas, y palabras bien pronunciadas. El deseo era saber leer entre líneas más allá de la piel. Al menos así lo percibía él. Natalia era un compendio equilibrado de la dulzura, inteligencia y sensibilidad que él necesitaba. Su ausencia, su pérdida había significado para él, uno de los mayores fracasos personales de su vida.

Ya nacía el otoño. Cuando la luz empezaba a languidecer, las hojas sembraban el asfalto de la ciudad y el gris adornaba el horizonte, Daniel, sentía a Natalia, muy dentro de él. Pero ella no había vuelto a llamarle.

Pensó en hacerlo él, llamarla y decirle lo que realmente sentía, pero la inseguridad de Daniel, le impedía hacerlo. Tenía demasiado miedo a ser rechazado. Quizás no era lo suficientemente atractivo para ella. ¿Cómo estaría? Daniel, solo sabía que deseaba besarla y que hacer el amor con ella era un sueño, que le asaltaba muy a menudo. Su deseo se despertaba con apenas pensarla.

Daniel, sabía que para una mujer hacer el amor era algo más que un acto físico en el que dos personas se encuentran. Para ellas era entregar una parte de su alma que hasta ese momento nadie había sabido encontrar y al hacer el amor dejaban al hombre que leyera esa parte a través de su cuerpo. Al menos así lo sentían las mujeres sensibles, aunque siempre había excepciones.

A Daniel el mes de octubre le gustaba especialmente. Era el preludio del invierno. Era el comienzo de un periodo marcado por lo quedaba atrás y por todo aquello que empezaba. Comenzaba un nuevo curso escolar. Su hermano empezaba el nuevo curso con el precedente de nuevas ilusiones.

Mientras octubre agonizaba, Daniel seguía pensando en Natalia. La noche anterior no pudo dormir. Su cabeza repasaba todos los momentos y palabras que habían compartido. La oscuridad le engullía mientras los minutos pasaban como horas interminables. Se levantó varias veces, tomó leche caliente, vio la televisión, cogió el libro que leía, pero todo fue en vano. El despertador sonó, se levantó y se dio cuenta de que estaba enamorado. Menuda ironía, se enamoraba por primera vez en su vida y la mujer a la que amaba, dormiría seguramente en los brazos de otro hombre.

Al salir a la calle, sintió el frío de la mañana. Se dirigió a su coche mientras la falta de sueño le hacía pensar las cosas dos veces.

— Daniel.

Volvió la cabeza y al ver a Natalia, se quedó mirando sin saber qué decir.

— Daniel, ¿estás bien?

— Sí, aunque esta noche no conseguí dormir.  
— ¿Y tú? ¿Cómo estás?  
— Preocupada por ti. Solo quería saber por qué no respondías a mis llamadas.  
— Natalia se acercó—. Entremos al coche, hace frío.  
Le miraba confusa, mientras veía cómo evitaba su mirada.  
— ¿Te llevo a la oficina?  
— No, Daniel, antes debemos hablar. Mírame.  
Daniel se enfrentó a sus ojos. No quería escuchar nada. Solo deseaba besarla.  
— ¿Qué pasó Daniel? ¿Por qué no respondías a mis llamadas?  
— ¡Qué pasó! Dímelo tú.  
— ¿A qué te refieres?  
— Te vi salir de la oficina. Te vi con él. Me sentí engañado.  
— Lo suponía.  
— ¿Lo suponías?  
— Te vi, te llamé, pero no escuchabas.  
— ¿Querías presentármelo?  
— Por favor, no seas irónico. Abrazaba a mi hermano. Hacía meses que no le veía.  
Daniel, se sintió estúpido y avergonzado. No fue capaz de decir nada. La miró y vio una sonrisa en sus labios.  
— Estás en tu derecho. Puedes reírte de mí.  
— No me río de ti.  
— Daniel, en estos meses de silencio he pensado mucho en ti. Estoy segura de que te quiero.  
¿Me quieres tú?  
Daniel, no dijo nada, en esos momentos solo se acercó y la besó. Natalia recibió su beso con impaciencia mientras Daniel la sentía temblar. Después de unos segundos, en un susurro le dijo:  
— Sí, yo también te quiero.

Se miraron abrazados en silencio. Sus miradas hablaban de deseo.  
Daniel, llamó a su secretaria. Le dijo que no podría ir a trabajar, que se ocupara de las llamadas. Después en silencio le dio su móvil a Natalia. Subieron a su casa mientras los besos hablaban. Se entregaron sin prisa, leyendo en las miradas y escribiendo cada uno en la piel del otro, todo aquello que nunca se habían atrevido a decir.

Pasaron las horas casi sin hablar. Las palabras se perdían en las caricias. Se quedaban tatuadas en la piel, se cicatrizaban todas las heridas que estaban por cerrar. Llegó la noche. Natalia se quedó junto a él. Sobraban las palabras. Había nacido el silencio compartido.

A primeros de noviembre el frío se reflejaba en los árboles. Un domingo mientras Daniel, preparaba el desayuno, escuchaba el ruido de la lluvia. Esperaba que Natalia, saliera de la ducha. Desde el día en que se reencontraron no se habían vuelto a separar.

El día anterior no salieron de casa. Hablaron durante todo el día. Daniel le habló de Rodrigo, de lo que su encuentro había supuesto para él. Natalia le habló de su hermano. Le contó que hacía unas semanas había venido a la ciudad huyendo de la soledad y represión de ideas, que se respiraban en el pueblo.

Su hermano tenía una habilidad increíble para el dibujo y quería estudiar Arquitectura. Pero debía encontrar un trabajo. Ahora estaba viviendo en el piso de Natalia. Era un piso pequeño que había encontrado al llegar a la ciudad. Estaba en venta cuando lo encontró, y gracias al dinero que sus padres le habían dado al huir de su pasado, pudo pagar una entrada y con el dinero que ganaba, pagaba las letras del crédito que había solicitado.

Ahora Natalia, quería hablar con su hermano para decirle que se trasladaba a vivir con Daniel.

El día anterior, habían dejado las cosas claras. (Natalia le preguntó a Daniel si le importaría no casarse.) Natalia deseaba estar junto a él, intentar formar una vida con él, pero no deseaba casarse. Creía que no era necesario. Ella no necesitaba firmar papeles de nuevo, para poder construir su vida a su lado.

Para Daniel, los deseos de Natalia no eran un impedimento para seguir con ella. Daniel, solo deseaba sentirla a su lado para poder compartir todo aquello, que cada día y a partir de entonces la vida les diera o negara a los dos.

Daniel, propuso a Natalia, ofrecer un trabajo a su hermano en su mensajería. Como el hermano de Natalia, tenía un curso de contabilidad, le ofreció intentar llevar las cuentas de su empresa. Su hermano aceptó encantado. Natalia seguiría pagando las letras de su piso y de esa forma su hermano podría pagarse su carrera. Su habilidad para el dibujo era algo que había que aprovechar.

Natalia, se trasladó a su casa a mediados del mes de noviembre. Cuando llegaba el final del día, se encontraban en casa. Natalia, llegaba antes que Daniel. Siempre y cada día al llegar, a Daniel, le esperaba una calidez que hacía mucho tiempo no tenía.

Entre ellos nació una convivencia que estaba marcada por la complicidad. Según pasaban los días, se dieron cuenta de que a veces no era necesario hablar para saber lo que necesitaban el uno del otro. Era suficiente mirarse a los ojos para saber lo que deseaban. Veían una película en silencio, leían a la vez mientras los sentimientos callados flotaban en el aire que respiraban, escuchaban una canción bailando entre las cuatro paredes que guardaban el secreto de sus deseos. Hacían el amor mientras sus miradas decían «te quiero». Ambos compartían y sentían el silencio de la complicidad.

La ciudad se preparaba para la Navidad. Este año las fiestas para Daniel eran por primera vez un compendio de ilusión, felicidad y esperanza. La incorporación del hermano de Natalia a su pequeña empresa, había sido un gran acierto. Tenía un sexto sentido para los números y había encontrado diversas fórmulas para jugar con los ingresos de la empresa. Él se preparaba para recibir a Celia, y a su hermano. En unas semanas empezaban las vacaciones escolares de Navidad, y llegarían a su casa para compartir momentos que por ser los primeros, nunca olvidarían. Natalia, le apoyaba incondicionalmente, colaborando con las compras, adornando la casa para las fiestas, e inundando cada rincón con su esencia.

Cuando Celia, y su hermano llegaron, se encontraron con una casa preparada para recibirles y con la cálida sonrisa de Natalia.

Hicieron las pruebas que Celia, tanto deseaba. Los resultados no pudieron ser más claros: Daniel y Rodrigo, eran hermanos.

Daniel, habló con su hermano, mientras Celia y Natalia, escuchaban apoyando con su presencia.

— Rodrigo, ¿me quieres?

— Sí, te quiero mucho. ¿Y tú? ¿Me quieres a mí?

—Yo también te quiero muchísimo.

Daniel, cogió una foto de su padre y se la enseñó al niño.

— Mira, este de aquí, es mi papá... es nuestro papá.

El niño, miró durante unos momentos la fotografía.

— Mamá, ¿este señor es mi papá?

— Sí, cariño. Es tu papá y también el papá de Daniel.

El niño guardó silencio. Después miró a Daniel, se levantó y abrazó a su hermano. Daniel le contó todo aquello que el niño era capaz de entender. Le explicó que aunque ahora ya no estaba, podría recordarle al mirar las fotos y también por todas aquellas cosas que le contaba.

Las fiestas se acercaban. En esos días al volver a casa, nada hacía recordar que allí, reinó el silencio.

Pasaron la Nochebuena entre risas, lágrimas y recuerdos. Entre Celia y Natalia, se formó un vínculo que albergaba confidencias y nostalgias. Ambas tenían aún muchas cosas que olvidar de su pasado. Rodrigo, navegaba entre la novedad, los regalos y el amor de su hermano.

La mañana del 31 de diciembre, Daniel, no trabajaba. Se despertó temprano, y después de darse una ducha y desayunar, se abrigó y salió a buscar un rato de soledad.

Era una soledad buscada. Sus pensamientos estaban en orden. Su vida había tomado un giro muy inesperado en un año, y ahora que empezaba un año nuevo acompañado de tanto amor, por fin aprendía a disfrutar de la soledad y del silencio sin temer al futuro.

La mañana era muy fría, pero el frío le hacía sentir bien. Se sentó a mirar el lago. El viento acariciaba el agua en su superficie y formaba ondas que le daban una gran belleza al paisaje.

Apenas había nadie y el silencio en esos momentos era una gran compañía.

Miró hacia el cielo fijándose en las formas de las nubes. ¿Por qué nunca se había fijado en esas cosas?

Recordó a sus padres. Recordó todas aquellas cosas que nunca les agradeció, también supo en ese instante que había perdonado todos los errores que habían cometido con él. Daniel supo que se había perdonado a sí mismo.

Algunas bicicletas empezaron a llegar al parque. Habían pasado dos horas desde que había salido de casa y era el momento de volver. Todos estarían a punto de despertar. Desayunarían juntos y solo faltaba él. Había muerto el tiempo de soledad, al nacer el silencio del olvido.

## Piedras blandas

Aún perdura en la memoria de Sara, el recuerdo de las montañas que quedaron atrás.

En un emocionante viaje salpicado por la ilusión de volver a lo desconocido y dejar atrás los recuerdos que sostenían su vida, Sara y su hermana Isabel, hablaban entre ellas un idioma que debían silenciar por los continuos reproches de su madre cuando en el tren les decía: «ya estamos en España, hay que hablar español». El paisaje pasaba de prisa ante los ojos de Sara. La variación de colores hablaba del encuentro con ese país desconocido, al que sus padres siempre habían deseado volver. Sara recordaba las lágrimas de aquella joven mujer, a la que siempre daba besos cuando acompañaba a su madre a comprar en su tienda de golosinas. Recordaba sus ojos claros, su pelo corto y rubio, recordaba la bolsa grande de bastones de caramelo de colores, que había llevado a Isabel y a ella a la estación de tren. Nunca le habían preguntado, si deseaba irse de allí. Nadie le había consultado, únicamente escuchó, ¡volvemos a España!

Al llegar el atardecer el tren paró en Madrid. Habían llegado al lugar tan deseado y tan desconocido para ella.

## Madrid, 1969

A finales de aquel verano, Sara se preparaba para el nuevo curso. A sus 8 años, vivió una comunión apresurada al comienzo de la primavera entre preparativos, decepciones y diversas ilusiones.

El colegio había sido un cambio brutal para ella. Se habían perdido los recuerdos de la lengua que ya casi no hablaba por los continuos reproches de su madre, al utilizar con su hermana instintivamente ese idioma que había sido compañero de innumerables recuerdos. Ahora en su nuevo colegio debía aprender nuevas costumbres, lejos de aquella dulce voz que se había quedado en el recuerdo, la voz y sonrisas de su maestra de antes.

Todo sucedía rápidamente. Cuando Sara debía iniciar el curso tercero de EGB, el director del colegio, les dijo a sus padres, que debían pasarla a cuarto, pues estaba muy adelantada en aprendizaje y no era necesario hacer tercero. Desde entonces, Sara tuvo problemas en el colegio. Empezaron las lágrimas, vacíos y silencios. Sara nunca consiguió a partir de entonces, adaptarse al curso normal que debía seguir. La niña se escondió en un rincón imaginario, en el que nadie parecía verla. El fracaso escolar la acompañó, durante muchos años.

En ese año, Sara empezó a apreciar la música. Aún se tarareaba la, la, la, esa canción que en Eurovisión (según decía su padre), le había hecho anotarse un punto al franquismo al ser la ganadora, y también a causa de la polémica despertada por el cantante elegido desde el principio para representar a España. Se había negado a cantar la canción en español, deseaba cantarla en catalán, un dialecto que aunque para él era su idioma, en ese momento era poco apreciado e incomprendido por muchos. Entonces, el rechazo fue fulminante. Sara comprendería muchos años después, los motivos de la lucha constante de los catalanes por defender su propia cultura, una cultura rica y variada en la que naturalmente estaba su idioma: el catalán.

El tiempo pasaba sin ninguna prisa en la nueva vida de Sara. Sin hacer apenas caso de los libros y ocupando su tiempo en juegos y distracciones, llegó la primera Navidad en su nueva ciudad.

Sara esperaba ver en la televisión la obra teatral de Blancanieves. Pero nunca la vio. En el país donde vivía antes, todos los años en las vacaciones, ponían esa obra en la televisión. A Sara le encantaba a pesar de que no eran dibujos. Era una obra de teatro repleta de colores y belleza, los personajes cantaban, reían y bailaban. Después lloraban cuando Blancanieves era envenenada por su malvada madrastra, y finalmente volvían a reír y cantar cuando el amor conseguía burlar a la muerte. Aquí en la nueva televisión, solo ponían dibujos que a ella le aburrían.

En la víspera de Navidad se fueron a pasar unos días a casa de su abuela. Ella también vivía en Madrid. Su casa era amplia, con techos altos, un largo pasillo, y un salón en el que se reunía toda la familia en Navidad.

Aquellas navidades fueron sorprendentes para Sara. Acostumbrada a vivir esas fiestas acompañada de sus padres, su hermana, sus tíos y sus tres primos, que también vivían en el país de la nieve, se encontró de pronto con una innumerable familia de tíos y primos, a los que no conocía.

Comida abundante, regalos, risas, chistes, apreturas a la hora de dormir; todo era muy distinto.

A Sara le costó mucho acostumbrarse a no ver la nieve, echaba de menos su trineo, los muñecos que hacían su hermana y ella... Echaba de menos el nogal que veía a través de su

ventana, echaba de menos el calor confortable de su antigua casa. Allí jugaba y correteaba con poca ropa por la casa, haciendo continuos viajes a la cocina atraída por el olor de las pastas que se hacían en el horno.

Sin embargo, ahora, en su casa hacía frío, y muchas noches Sara se acostaba demasiado temprano para taparse al abrigo de las mantas.

Todas las sensaciones se acumulaban en la memoria de Sara y aunque sus mayores parecían creer que no entendía nada o no se daba cuenta de nada, ella sabía que antes vivían mejor; aunque sus padres parecían muy felices. Así sosteniendo sus recuerdos y acumulando sensaciones, Sara se fue integrando poco a poco en su nueva vida.

Sara era una mala estudiante, le costaba mucho prestar atención en sus clases. Los números eran sus enemigos declarados. Traía deberes a casa y tenía dificultad para hacerlos. Sus padres parecían no darse cuenta a pesar, de que ella preguntaba sobre todo a su hermana sus continuas dudas, ya que sus padres estaban siempre demasiado ocupados para hacer los deberes con ella. Al día siguiente cuando llegaba a clase, siempre recibía recriminaciones de sus maestros y se acostumbró a escuchar, que debía aprender de su hermana. Se habituó y dejó de llorar.

En los dos últimos años de estudios hizo un gran esfuerzo a solas consiguiendo al fin aprobarlo todo. Después del sacrificio que supuso el colegio para Sara, llegó la primera pandilla y también una gran amistad con una compañera de clase, que en el futuro se convertiría en su primera gran amiga.

La primera pandilla estaba integrada por chicos y chicas mayores que ella. Todos vivían en su barrio, y era bastante fácil, verlos casi todos los días. Su hermana y ella, se integraron en la pandilla. Comenzaron las salidas a hurtadillas, los primeros amores, los primeros besos, empezó a forjarse el concepto de la amistad en Sara.

Transcurrieron unos años divertidos y repletos de ilusión, corrían los años 70, años en los que los primeros recuerdos de infancia quedaban ya lejos para Sara, años en los que un día Sara se dio cuenta de que definitivamente, había olvidado hablar ese idioma que había oído desde el principio. Años en los que se tuvo que despedir en un mes de julio de su abuela materna que vivía con ellos. Su abuela le contaba historias del lugar donde había nacido. Entre ellas se construyó una complicidad llena de cariño y confidencias. Su abuela le contaba cómo había conocido a su primer marido, en esa tierra que tanto amaba. Entre Linares y Baeza, habían pasado años de su vida, niñez y juventud, que recordaba con la mirada perdida cuando contaba a su nieta, la forma en que su marido murió antes de que naciera su primer hijo.

Con la tristeza acompañándola a partir de entonces, intentó criar a su hijo entre penas y alegrías. Le contaba cómo poco después había conocido al abuelo de Sara, un abuelo al que Sara nunca llegó a conocer. Su abuelo era viudo y tenía tres hijos. Se casaron y se desplazaron a Madrid. Su abuela no volvió más a su tierra, pero siempre permanecían frescos sus recuerdos de allí. Sara, recordaba con especial cariño, cuando su abuela decía al contarle historias: «Baeza con z, hija, que no Baena con n, no es lo mismo, de Jaén es Baeza».

Su abuela murió en un caluroso verano a finales de los 70, murió de noche. La madre de Sara le dijo al día siguiente, que había muerto pronunciando su nombre. Sara se fue al cine la tarde después de su muerte, al cine del barrio. Acompañada de su hermana y sus primos, en ese cine que fue testigo de los primeros roces de manos y besos a hurtadillas, lloró en silencio recordando esos ojos que tantas veces le habían sonreído. Sara

nunca pudo olvidar cuando tan solo un día antes, su abuela le había dicho que le daba miedo morir.

Se fue su abuela de la misma forma, que se habían marchado la nieve y la voz de su primera maestra.

Ahora en su casa y después de tantos años juntos, todos intentaban vivir acostumbrándose al espacio que había quedado vacío.

Sara recordó cuando el año anterior, su padre se había comprado su primer coche. La emoción era general en toda la familia y aunque a su abuela le daba miedo, su padre decidió que harían un viaje a Santander.

Allí Sara y su hermana vieron el mar por primera vez.

Cuando sus ojos lo encontraron, su grandeza y su sonido, formaron parte de ella desde ese momento. Se quedó frente a él, regalándole su mirada hasta donde invadía el agua al horizonte, un horizonte que parecía besar la inmensidad del océano y que hacía sentir a Sara diversas emociones que no era capaz de explicar. Junto a ella su hermana miraba sin poder decir nada. Su padre al verlas, las abrazó diciendo: «Solo por ver vuestras miradas ha merecido la pena venir».

Después del verano en el que su abuela se había ido, al llegar el otoño, cuando el cielo anunciaba el frío y las calles se sembraban de hojas caídas, se empezaron a marchitar muchas cosas en la vida de Sara. Sara empezó a ser mujer, sin entender demasiado bien qué sucedía.

Su padre cambió con ella, guardaba algunas distancias que Sara no entendía muy bien, dejó de sentarla en sus rodillas, dejó de jugar con ella, cambió su forma de hablarle. Además de eso Sara vio a su padre distinto, algo cambió en él. Le veía cansado, se ahogaba cuando subía las escaleras, y un día sufrió un desmayo en la cocina. Sus padres fueron juntos al médico, y una sencilla visita por un malestar, se convirtió en un ingreso en el hospital. Su padre enfermó y se adelantó a la muerte del otoño.

Su padre murió en una triste y fría madrugada. Él murió, y murió una parte de ella, fue tan rápido que el vacío que dejó su ausencia, fue perceptible para Sara, solo con el paso de los años. Al principio Sara tenía la sensación de que todo era una pesadilla, se engañaba a ella misma, escapaba de la realidad. Su padre se fue pidiendo que no derramaran lágrimas por él.

Ella y su hermana empezaron a trabajar, y los estudios pendientes se quedaron en el baúl de los sueños rotos. Su madre lloraba la ausencia y luchaba con las lágrimas en su presencia.

Noches frías, huecos vacíos en su casa, recuerdos preñados de dolor, lágrimas derramadas en todos los rincones, y una soledad que traspasaba días y meses sin salir, viendo la vida a través de los cristales de la ausencia. Preguntas sin respuestas.

Su padre se fue detrás de su abuela, con tan solo unos meses de diferencia. Su madre cambió, cambió la risa por la mirada perdida. Dejó de preparar los dulces en el horno, se perdió la alegría y en su casa reinó el silencio.

Su madre intentó en vano ser madre y padre al mismo tiempo. La lucha por sobrevivir, el miedo a la soledad, el vacío de la ausencia y los nervios a flor de piel, se convirtieron en un conjunto peligroso, en un arma de doble filo, que traicionó a menudo la estabilidad de su madre. La llevó a tomar decisiones equivocadas, a provocar situaciones que sin querer ocasionarían a Sara y a Isabel, graves problemas de autoestima en el futuro, que solo con el paso del tiempo, serían subsanadas después de una larga lucha personal de cada una de ellas.

Su madre también acertó en muchas decisiones. Trabajó sin cansancio. Nunca faltó comida, aunque faltaban otras cosas. Se perdieron palabras en el silencio, se perdieron afectos, la familia que acompañaba las primeras ilusiones de Sara en su primera Navidad, se alejó, quizás por la ausencia de su padre, quizás por la burbuja en la que su madre, encerró a las tres. Sara sabía que el dolor era el único culpable de todos los problemas.

Sara y su hermana en un intento de olvidar, empezaron a salir con la pandilla, ahogando lágrimas y recuerdos entre risas fingidas, besos robados y amores infantiles que pensaban podrían suplantar la ausencia de todo lo que habían perdido. Pero esa ausencia permanecía cada día al volver a esa casa que ahora estaba casi vacía de sueños y esperanzas.

<<Papá, me gustaría saber cómo estás. Quisiera saber si en estos momentos ves la tristeza del día que muere lentamente, igual que lo percibo yo. Quisiera saber si entiendes que todo pasa tan deprisa, que apenas me da tiempo a sentir el dolor, que los recuerdos luchan por encontrar un espacio sin empujarse entre ellos.

Quizás puedes ver los pensamientos que ahogamos por dentro, esa sensación de no saber realmente qué ha sucedido, sentir a veces al volver a casa que estarás sentado en tu sillón con algún libro entre las manos; esos libros que yo también leeré.

Despertar un domingo temprano, acompañarte a tus partidas y ayudarte con tus pájaros, que ya tampoco están.

Ver esos dibujos que haces sin apenas esfuerzo, escuchar música contigo.

Has de saber que las cosas han cambiado por aquí, ha muerto el Caudillo y se está creando una gran transformación en esta España que tanto querías. Hemos visto su muerte en la televisión, pero yo papá no me he inmutado apenas, después de haberos dicho adiós a la abuela y a ti, no he sido capaz de sentir ninguna emoción. Dime, ¿cómo estás?>>

Sara hablaba a menudo con su padre, pero el tiempo pasaba, la vida absorbía sus pensamientos, de la misma manera que absorbía el silencio de las respuestas que nunca llegaban.

## Años 80

Blanca, había sido compañera de estudios de Sara e Isabel, desde el principio. Sin embargo, su amistad no comenzó a fortalecerse hasta que el padre de Sara murió. Blanca lloró mucho cuando se enteró de su muerte y desde entonces se acercó a Sara y a su hermana. Poco a poco la amistad se consolidó, sobre todo entre ella y Sara, pues había una complicidad muy fuerte.

Blanca, decidió después del viaje de fin de curso estudiar la carrera de Químicas.

—He decidido estudiar Químicas. Y tú, ¿vas a seguir trabajando?

—Ya me he acostumbrado a trabajar, además ya sabes que estudiar no es mi fuerte.

—Sí, lo sé, aunque Isabel sí podría intentar estudiar Medicina, siempre ha sido su sueño.

—Lo ha intentado, Blanca, pero es muy difícil, la falta de dinero no ayuda, la denegación de la beca tampoco ayuda; y además cuando estudia en casa, mi madre le dice: «Siempre estás estudiando, cuando algún día tu marido te pida la comida, no sabrás ponerle unas lentejas, y le pondrás un libro abierto para comer».

—¿Le dice eso?

—Sí, le dice eso y ya sabes como es Isabel, cierra el libro de inmediato y creo que ya ha desistido, aunque yo le he dicho, que siga en ello, que lo puede conseguir; pero teme demasiado la reacción de mi madre, está muy nerviosa desde que mi padre murió.

—Nos educan para ser las esposas perfectas de alguien —dijo Blanca.

—Lo malo es que quizá lo consigan —dijo Sara.

Cuando Blanca cursaba el tercer curso de Químicas, abandonó la carrera. En su casa hubo problemas económicos, la presionaron y finalmente abandonó. En Pocos días después conoció, al que sería el gran amor de su vida. Comenzó a verse con él. Le contaba a Sara, llena de ilusión, lo que hacían y los detalles que tenía con ella. Sara se alegró mucho por su amiga, sin embargo, sabía que algo no andaba bien.

Al cabo de pocos meses, su amiga le confesó, que su novio, tenía problemas con las drogas, y lo peor de todo es que incluso ella, lo había probado. Sara se dio cuenta del problema en el que estaba su amiga, y la casualidad quiso, que la pudiera ayudar.

Sara e Isabel, conocieron en un pueblo cercano, a un grupo de chicos con los que conectaron enseguida. Sara, pensó, que debía convencer a Blanca para que dejara lo que tenía, y conociera nuevas experiencias. Blanca deseaba dejar lo que estaba viviendo, pues se sentía en peligro. «Le voy a dejar, Sara. Hablaré con él esta tarde».

Sara abrazó a su amiga y le dijo que al día siguiente, irían las tres juntas a una nueva discoteca, donde sus nuevos amigos las esperaban.

El día siguiente al ver a Blanca, Sara supo que le había dejado. Se arreglaron en casa de Sara: melenas rizadas y flequillo liso, faldas cortas, camisetas y zapatos de punta estrecha, maquillaje, labios rojos, perfume... y salieron las tres a olvidar, sin saber, que la unión con esa pandilla, marcaría una etapa muy importante en la vida de las tres.

## Tres chicas que querían olvidar y ellos

Mecano regalaba los oídos con una canción que decía: «Hoy no me puedo levantar, el fin de semana me sentó fatal, toda la noche sin dormir, bebiendo, fumando y sin parar de reír...». La discoteca era una locura, era lo ideal para olvidar. Cuando los nuevos amigos llegaron, Sara e Isabel, les presentaron a Blanca. Sus nuevos amigos tenían una jerarquía establecida en aquel lugar. Eran asiduos clientes, y la mayoría de las chicas, se disputaban su amistad y alguna que otra cosa más.

Ellas tres sin saber exactamente cómo, empezaron a ser el centro de atención del grupo de amigos.

Jaime, Fran, José, Jorge y Ángel, eran los amigos inseparables, que nunca faltaban a la cita de esa discoteca, en la cual, dejaban patente el deseo de verlas a ellas tres, cada fin de semana.

Jaime y Fran se fijaron en Sara. Blanca se encaprichó de José. Y Jorge e Isabel, se necesitaban por motivos muy diferentes. Ángel, siempre tenía una mirada perdida que a Sara le embrujaba, aunque no decía nada, y en más de una ocasión se hablaban con la mirada.

Jaime y Fran eran muy distintos entre sí. Jaime, estudiaba Ingeniería, y Fran trabajaba en un negocio familiar. Entre los dos se produjo una especie de batalla emocional, para obtener los favores de Sara, pero ella a Sara, a la que le gustaban los dos por diferentes motivos, mantuvo relación con los dos. Esto por supuesto dio origen a más de un problema, sobre todo cuando Sara debía decidir con cuál de ellos quedar.

Sara empezó a revelarse en su casa. Su madre no les permitía volver tarde y en más de una ocasión, Sara, la desafió. Volvía más tarde de la hora marcada, a pesar, de la negativa de Isabel, y en muchas ocasiones Sara volvió sola a casa, sabiendo lo que se encontraría. Sin embargo, la bronca se pasaba y ella pensaba que después de todo, ella había disfrutado.

Jaime, fue definitivamente el más importante en su vida. Supo desde el principio, entender a Sara. Habló con ella, se enteró de sus problemas y supo, llevarla con el mayor cariño y sensibilidad que una mujer necesita. Solo había algo que los separaba. Jaime, llevaba muy mal, el trabajo que Sara tenía en ese momento. Sara Trabajaba cuidando una niña. Jaime, intentaba hacerle entender que debía estudiar. Pero Sara, no quería hablar de ello, decía, que en su casa había que ingresar dinero; pero Jaime intentaba hacerle cambiar de idea.

Intentaba convencerla de que ella podía conseguir mucho más que eso en el futuro.

Llegó un momento en el que Jaime supo que no conseguiría nada, y se dedicó a hablar con Sara de temas que pudieran enseñarle algo. Sara aprendió más de lo que Jaime podía imaginar. Jaime, se sentía muy atraído por ella, y durante varios años, fueron amigos, amantes y confidentes de muchas cosas; y eso sería para Sara, un recordatorio que quedaría grabado en su corazón, durante muchos años. Jaime, además, era, incondicional en su amor hacia Sara, sobre todo cuando Sara, inconscientemente y caprichosamente, no respondía a sus llamadas para irse con Fran, que también le gustaba por otros motivos; aunque después Sara se daba cuenta, de que Fran no sabía entenderla como Jaime y siempre volvía a los brazos que la adoraban más de lo que realmente quería reconocer.

Blanca y José, comenzaron a verse entre canción y canción. Una noche, se marcharon improvisadamente y desde entonces, se convirtieron en una pareja en soledad, y en dos amigos, cuando los demás rompían esa soledad. Isabel, absorbía a Jorge con su mirada. Jorge absorbía al resto de las chicas con la suya. Sin embargo, Isabel era una vía de escape cuando fallaba todo lo demás. Pasaban una tarde juntos y al día siguiente, Isabel veía cómo Jorge se marchaba con otra chica delante de ella. Isabel estaba enamorada o quizás obcecada, sufrió plantones y derramó más de una lágrima.

Isabel, tardó mucho tiempo en darse cuenta, de que ella no era nada importante en la vida de Jorge. Con el paso de los años, Isabel, incluso veía a Jorge con una chica, con la que finalmente se casaría.

Después de varios encuentros, empezaron a producirse relaciones paralelas. Sara y José, empezaron a forjar una bonita amistad. Había confidencias, y también en alguna ocasión, José le mencionó a Sara su deseo de besarla. Pero Sara le dejó muy claro, que ella nunca podría hacerle eso a su amiga. José, entendió que Sara, solo sería su amiga.

Mientras tanto, en la discoteca, ellas, llegaron a ser las reinas indiscutibles del lugar. Ellos eran deseados por casi todas las chicas y demostraron en más de una ocasión que ellas tres eran... sus chicas.

Algún fin de semana, los chicos programaban excursiones a pueblos cercanos y eran invitadas para acompañarlos, mientras las demás eran ignoradas.

Eso fue motivo más que suficiente, para que fueran envidiadas, por todas las demás.

Llegó un fin de semana, que fue diferente. José, anunció a todos, que debía marchar de viaje en unos días, pues empezaba la mili.

Blanca, se sintió preocupada, sin embargo, él convenció a todos, de que tan solo sería un alto en el camino y que vendría en Navidad con permiso. Todos fueron a despedirle a la estación de tren.

A Blanca, se le hicieron interminables los días que pasaron, hasta el momento de volver a ver a José, con su primer permiso. Esas navidades a principios de los 80, José, volvió.

Fueron a celebrar su primer permiso al lugar de encuentro habitual. Era víspera de fin de año. Por la noche, José, quiso llevar a las chicas a casa en su coche y le dijo a los demás chicos, que esa noche, las tres eran solo para él.

A mitad de camino hacia el barrio de las chicas, paró el coche. Sacó una botella de champán, cuatro vasos de plástico, y brindó con ellas por una bonita amistad. Contó innumerables episodios de la mili, rieron, y guardaron un recuerdo increíble de aquella despedida.

Al día siguiente por la noche, después de la celebración de fin de año, a la cual las chicas no asistieron, (porque por aquel entonces, conseguir estar toda una noche sin salir, era misión imposible para las chicas), José, Jorge y Ángel, tuvieron un accidente con el coche de José. José fue hospitalizado, Jorge y Ángel salieron ilesos del coche.

El día de año nuevo por la tarde, Ángel, les dijo con mucha suavidad, que José estaba grave en el hospital. En sus ojos se reflejaba el miedo.

Blanca se sintió perdida, Sara se olvidó de todo, Isabel lloró mucho. Sara se alejó de todo y Jaime se refugio en los brazos de una amiga.

Sin embargo, estaban todos muy unidos y cada día, visitaban a José en el hospital; no había tiempo de resentimientos y celos. A José, le quitaron el bazo, y cada día todos conservaban la esperanza de verle mejor.

Acababa de empezar el año, hacía frío, y un grupo de chicos y chicas que estrenaban los 20 o los superaban con poca diferencia, se daban calor, entre el miedo y la esperanza. La víspera de Reyes, el día 5 de enero, José murió en el hospital.

Jorge llamó a casa de Sara y se lo comunicó a Isabel, cuando Sara llegó de trabajar y vio a su hermana llorando, supo que de nuevo, la muerte había hecho parada en su camino.

Blanca, se hundió. A José le enterraron en su pueblo natal. Todos estuvieron una noche entera junto a él, le acompañaron en su último viaje. Anduvieron los siete cogidos de las manos durante dos kilómetros, hasta el cementerio donde despidieron al amigo, que había dejado su huella en todos y cada uno de ellos, de forma diferente. Sara conservó un clavel, que ahora ya seco, reposaba entre las páginas de un libro de poesía.

A partir de ese momento, las cosas, ya no fueron igual. Las reuniones en la discoteca estaban sembradas de lágrimas, tristezas y recuerdos; se rompieron los amores, se distanciaron los afectos; el lugar de encuentro habitual, se convirtió en un recuerdo en el que ya no se podía sembrar nada.

Sara y Jaime siguieron viéndose. Sus encuentros eran cada vez menos frecuentes, y un día Sara descubrió que se había acabado. Lo supieron los dos. Sin decir nada, se despidieron en un abrazo intenso, sabiendo que sería el último.

El día 28 de octubre de 1982, Sara, Isabel y Blanca, votaron por primera vez, con la muerte de José, reciente en su memoria. Vivieron el triunfo del partido socialista con mayoría absoluta, en las terceras elecciones legislativas celebradas, después de la muerte del Caudillo.

Lo vivieron con la esperanza contagiada por la sociedad, y con la tristeza de aquello que se había perdido en el camino y que era ajeno, al acontecimiento del momento.

A los pocos meses de la muerte de José, todos se reencontraron.

Se había perdido mucha complicidad, era como si la desaparición de José, hubiera roto un lazo que los unía a todos. Sara y Ángel, conectaron con la mirada, y ambos sin decir nada, se escaparon unidos por la tristeza y por el deseo de olvidar. Hicieron el amor en silencio, se besaron entre lágrimas y miedos, ambos se dieron lo que necesitaban, sin pensar en nadie más. Al terminar, lloraron juntos. Fue una despedida emocional hacia todos los años que habían compartido silencios con la mirada. Fue una despedida, en la que parecía que ellos dos, lloraban a la vez todas las lágrimas de todos ellos. Después de muchos años, cuando la distancia y el olvido, los habían separado a todos, Sara nunca pudo olvidar, lo que aquella noche se habían entregado. A pesar del recuerdo de Jaime y de todos los demás, el encuentro con Ángel, fue el eslabón que nunca rompió, el recuerdo de aquellos años.

<<Papá, José, se marchó hacia el mismo lugar que tú. Dime, ¿le has visto? ¿Os habéis encontrado?

Dime, papá, si eres capaz de sentir la tristeza que nos acompaña ahora, cuando al irse José, hemos recordado también tu ausencia y la ausencia de la abuela.

Dime, papá, por qué la vida nos roba sentimientos que mueren antes de nacer. Dime, por qué nunca podemos entender, la ausencia que se quema en el viento y se debilita en el recuerdo. Dime, papá, por qué al nacer no aprendemos también a sobrevivir con el dolor que nos deja el vacío de una presencia, y la ausencia de una voz que anidaba cada día en nuestro corazón. Dime por qué se fue, dime por qué te fuiste también. Dime por qué, todos se van.>>

Pasaron años de alejamiento, se fueron perdiendo las risas, se fue olvidando la música que aceleraba el corazón, se alejaron las letras de aquellas canciones cantadas a coro. Se quedaron los besos robados y entregados en un rincón de los recuerdos de todos, se alejaron ellas de ellos, se olvidaron ellos de ellas. Se murieron unos años, que cada 5 de enero, todos recordarían juntos durante minutos sin saberlo.

<<La madrugada después de un adiós tiene las notas bañadas en el triste recuerdo de un sueño inquieto, que te lleva sin querer hacia un sentimiento roto por el miedo y a llorar cada día un poco más. Los colores de esta madrugada, son grises en el alma y el dolor traspasa todos los límites de una esperanza. En una madrugada así, no puedes pensar qué pasará mañana, el dolor te exige sentir ahora, entender al corazón que se ahoga en las lágrimas que como un bálsamo te hablan sin palabras. Son lágrimas de rabia contenida, de impotencia para el alma, son las bofetadas que te ha dado la vida. Hoy he visto un amanecer cargado de realidad, envuelto en las notas que nunca te oí pronunciar y al salir el sol, se perdió un lamento que la esperanza matará en un nuevo amanecer. Estarás siempre en cada amanecer, aunque seas el recuerdo de un bello atardecer.>>

## Después de José

Blanca deambuló durante meses entre las lágrimas del recuerdo. Volvió a los brazos de su novio, volvió a caer en antiguas costumbres. Después de algún tiempo, su vientre se llenó de vida. Se casaron en estricta intimidad. Nuestra amistad se enfrió, por un malentendido, llamado te quiero. Isabel trabajó, sin conocer el amor durante mucho tiempo después. Sara, conoció un amor que llenó su vida durante tres años. El novio de Blanca, estaba perdido entre los brazos de la droga. Sara por no perder a su amiga, permanecía a su lado, acompañada de su nuevo novio. Una noche al volver al refugio de Blanca, los cuatro permanecían en silencio en el coche de Sara.

El novio de Blanca, sentado junto a Sara en el asiento de atrás, daba cabezadas y cerraba los ojos a causa de los efectos de la droga. Sara le miraba y al hacerlo, sentía una tristeza imposible de vencer, y en un intento de solidarizarse con él, al bajar del coche le dijo: «Ya hemos llegado»; el novio de Blanca no reaccionó, entonces Sara, se preocupó. Le cogió del brazo, le consiguió despertar, y al abrir los ojos, en una demostración de cariño y al sentir pena de su situación le dijo: «Ya hemos llegado, venga que yo también te quiero, te queremos todos».

Quizá se equivocó en sus palabras, a partir de entonces, Blanca, se alejó de ella y hasta años después y por boca de otra persona, Sara nunca sabría que el problema fue te quiero. Blanca lo interpretó de forma equivocada, probablemente su novio fue el primero en interpretarlo equivocadamente, y así se lo hizo saber al contárselo.

Blanca nunca habló con Sara de ello, sencillamente la juzgó y se alejó. Sara nunca pudo explicar a su amiga, que ese te quiero fue un impulso ocasionado por la pena que le despertó el estado en el que se encontraba su novio y que además, lo sumó a lo que eso significaría en la vida de su amiga.

La amistad se rompió. Blanca la echó de su vida. Sara siguió saliendo con su nuevo novio. Blanca se perdió en el recuerdo, su amistad cicatrizó en el olvido.

Un amor que duró tres años.

Sara se enamoró. Se entregó sin condiciones. La vida parecía tomar un curso normal, después de varias bofetadas. Isabel, trabajaba en una oficina. Era un buen trabajo y se la veía feliz, aunque el amor era inexistente en su vida. Sara seguía disfrutando de la magia del amor. Su nuevo novio, hacía volver las miradas de otras mujeres cuando iban por la calle, o entraban en cualquier sitio. Para Sara esto era un orgullo al principio, pero después se convertiría en un grave problema.

Su madre, se había vuelto a enamorar. Era un hombre bueno que había entrado en la vida de las tres para llenar el espacio con un poco de oxígeno que hacía mucho tiempo les faltaba. La relación duró tres años, casualmente, igual que el amor de Sara.

Sara y su novio, disfrutaron de la vida sin pensar en nada más. Se desplazaban en el coche de Sara. Ella se integró en la familia de él. Él se integró en la familia de ella. Cuando pasaron tres años, el hombre que había compartido el tiempo con su madre, en poco menos de un mes murió. En esta ocasión, su madre lo superó de forma diferente. Había aprendido a sufrir, a convivir con el dolor, y esta ausencia fue para ella, el recordatorio de que nunca nada es para siempre. Se resignó. Y enviudó definitivamente por dentro. Sara pasó el verano siguiente con la familia

de su novio. El verano era especialmente feliz. Habían hablado de la boda. Habían hecho planes, pero algo sucedió y todo dio un giro inesperado.

Sara se cambiaba en una habitación. Se ponía su bañador para disfrutar de la piscina. En una habitación sin puerta y tapada con una cortina, escuchó hablar a la hermana de su novio preocupada, con el resto de la familia:

—Anoche llegó mi hermano a primera hora de la mañana, estábamos muy preocupados. Mi madre estuvo a punto de llamar a Sara, pero yo le dije que no lo hiciera, pues sabía que no estaba con mi hermano. Cuando llegó le preguntamos, por qué llegaba tan tarde. Nos dijo que había estado por ahí. Mi madre le preguntó, si Sara había estado con él. Él contestó que no, que a Sara la había dejado en su casa a las once y que ella le dejó el coche para que no se marchara en taxi. Estoy muy preocupada, me da pena por Sara. Además me he enterado, de que lo hace todos los fines de semana, y está con otras chicas.

Sara lo escuchó y sintió que el mundo se desmoronaba. De pronto, sintió la necesidad de que él se lo confirmara. Salió de la habitación dando un manotazo a las cortinas que hacían de puerta improvisada. La hermana de su novio, al verla, palideció, ya que ignoraba que estaba detrás de esas cortinas.

—No le digas que yo te lo he dicho.

—Tú no me has dicho nada, casualmente lo he oído.

Sara salió en dirección a la piscina sin importarle demasiado nada. Quería saber si era verdad lo que había oído. Él estaba tumbado y al verla venir, se incorporó. Sara le increpó e interrogó delante de todos por lo que acababa de escuchar.

— ¿Es cierto?

Su novio se quedó callado durante unos momentos, después habló.

—Sí, lo es.

—¿Te has gastado todo lo que me decías que guardabas en el banco?

—Lo siento, no he ahorrado nada. Me gusta demasiado salir, he de invitar a los amigos; entiéndelo.

—Pero, entonces, ¿es cierto que estás con otras mujeres? ¿Te gastabas el dinero con ellas?

—Mira, Sara. No te lo tomes así, a partir de ahora todo cambiará. No volverá a suceder.

—Pero... me has engañado, traicionado, has abusado de mi confianza, te he dado todo, incluso mi coche es más tuyo que mío, y lo has usado para llevar en él a otras chicas, cuando me dejabas a mí en casa.

—Estás exagerando.

—¿Tú crees? Explícame, cómo se puede decir a la mujer a la que dices que te casarás con ella, que tienes una cantidad de dinero ahorrado cuando no es cierto.

—Bueno, está bien, mira, me gusta mucho salir y divertirme y si no lo hago más es precisamente, porque no tengo más dinero.

En ese momento Sara se dio cuenta, de que toda la familia estaba reunida, escuchando y sin decir nada. Se sintió una extraña.

—Hemos terminado, no vuelvas a llamarme. Ya no habrá boda. Ahora dime, ¿dónde has dejado las llaves de mi coche?

Hubo un silencio general. Sara entró a la casa, se cambió, y vio las llaves descansando al lado de la ropa de él. Las cogió sin vacilar. Se marchó. Nadie intentó detenerla. Cuando su coche volaba por la carretera, las lágrimas tenían un sabor agrídulce. Su único pensamiento es que había tirado tres años de su vida por la borda. Pensaba en Blanca, necesitaba a su amiga. Pensaba lo contenta que se pondría su madre, ella, que tantas veces le había dicho que ese chico... solo era guapo por fuera.

<<Me ha sorprendido un amanecer que aún sueña. Se me quedaron las manos vacías y el corazón repleto de sentimientos sin entregar. Se me murió el amor. Se han quedado las nubes cortadas en sus ojos, han pasado de largo en el oasis de un deseo, se ha vaciado el alma de preguntas sin respuestas. Hoy el reloj del tiempo empieza a rodearme con sus brazos en silencio, quiere meceme para que duerma sin soñar, y es fácil dejarme mecer sin esperar nada. Sueño que camino en una senda donde nadie me espera y veo al final el horizonte que nunca conseguía encontrar. Mis pasos son lentos, pero seguros, mis manos están vacías y su mirada está perdida. Me ha sorprendido un amanecer con el sabor ácido de un adiós.>>

## El decenio de la soledad

Isabel, encontró al amor de su vida. Le conoció un fin de semana en una discoteca, en uno de esos días en los que Sara después de seis meses se decidió a salir. Se encontraron cuando una mirada enganchó a la otra en silencio, un silencio que se quedaba en los ojos mientras música funky, sonaba en el ambiente. Sara fue testigo. Fueron inseparables desde ese momento. Algo que sumió a Sara en una soledad aún más profunda. Sara Había perdido el horizonte del amor. Después del desengaño de lo que parecía la respuesta a sus sueños, se dedicó a trabajar y cerró sus puertas a todo lo demás. Le vendió su coche a él y nunca más se compró otro.

Encontró un empleo distinto al resto, tuvo la oportunidad de trabajar como secretaria y la aprovechó la oportunidad. Muchas mañanas al salir de su casa, se encontraba con él y su coche, esperándola en la acera de su calle. Suplicaba una segunda oportunidad. Sara le escuchaba y guardaba silencio. Ya no le quería, su traición había matado cualquier resquicio de amor. La siguió durante semanas hasta el metro.

—No insistas, mañana no deseo verte otra vez. Mira en otra dirección, ya no te quiero. Te desprecio profundamente.

Se lo dijo mirándole a los ojos. Nunca más volvió a verle.

Sara tenía 23 años. Su trabajo como secretaria, duró también tres años. No soportó la tensión del trabajo.

Presupuestos, teléfono, atender visitas de proveedores, ficheros y además el despotismo y altivez de su jefe que para ahorrarse algo de dinero, pretendió cambiarle la categoría de secretaria por la categoría de limpiadora; aunque en realidad, su trabajo seguía siendo de secretaria, pero también debía limpiar las oficinas.

Sara rechazó la oferta. Y después de decirle a su jefe lo que realmente pensaba, dejó su trabajo. Ahora con 26 años, Sara, estaba sola y sin trabajo. Después de unos meses, Sara encontró trabajo como cajera de supermercado. Su vida transcurría en soledad. Estaba a menudo acompañada, pero se sentía sola. La vida le había defraudado, la vida se había negado a tomar café con ella. Empezó su nuevo trabajo con total resignación, pero en realidad, todo le daba igual.

Mientras tanto su vida familiar seguía al borde del abismo. Su madre, había cambiado al recibir la noticia de la boda de su hermana. Isabel les había anunciado, que en el próximo diciembre se casaría. Su madre siempre había tenido una especial obsesión con Isabel. Siempre había sido desde niña, delicada y enfermiza. Su madre se volcó con ella y en algún momento de su vida, decidió que Sara no la necesitaba de la misma manera. Quizás era cierto, pero se había equivocado al confiarse tanto. Se había centrado tanto en la idea, que olvidó que Sara también necesitaba a su madre. Sara no fue capaz de perdonarla, hasta muchos años después. Sara Supo en algún momento de su vida, que eso había influido mucho para que ella se sintiera sola tan a menudo. Isabel se casó en un frío mes de diciembre.

<<Quisiera más que nunca que ahora, estuvieras aquí. Mañana se casará tu hija mayor. Me gustaría que me pudieras contar, por qué me siento tan sola. Quisiera averiguar, si al estar tú aquí, quizá me sentiría diferente. ¿Por qué te fuiste? No deja de llover. El ruido del agua se acumula en mis oídos. ¿La oyes tú también? Me siento hoy igual que la lluvia, cae, se

desvanece, moja el asfalto, igual que mis lágrimas lloran tu ausencia; después cuando el sol seca su rastro, se olvida su presencia, igual que la vida parece a veces olvidarse de que yo estoy en ella. Papá, mañana cuando mi hermana también se marche lejos de mí y encuentre por las noches la cama que está a mi lado vacía, cuando seguro oiga a mamá llorar por su ausencia y la noche en su oscuridad me recuerde que debo luchar con un nuevo día, ¿estarás conmigo?>>

El tiempo pasó. Durante otros tres años, Sara trabajó como cajera. Sara veía a su hermana marchitarse lentamente. Después de varios años, al marido de su hermana le diagnosticaron una grave enfermedad del sistema nervioso.

Sara, dejó de creer en el amor, dejó de creer en la vida. Se dejó caer a menudo en brazos desconocidos y sintió muchos amaneceres vacíos. Mantuvo una lucha constante con su madre. Con 30 años, volvía a casa de madrugada. Se la encontraba sentada en el comedor, con las luces encendidas, esperándola. Le recriminaba que llegara tan tarde. Le decía que en sus tiempos, las mujeres que volvían a esas horas, eran aquellas mujeres que trabajaban en burdeles. Le hacía creer que sufría mucho a causa de ello, y en alguna ocasión simuló un suicidio.

Sara aguantó más de lo que podía soportar. Su madre no se integró en el tiempo, siguió marchitándose en las costumbres de su pasado.

— Ya tengo más de 30 años, mamá.

— Mientras vivas bajo mi techo, tendrás que venir a la hora que yo te diga.

Cuando cumplió 33 años, se marchó de su casa. Vivió sola, se sintió sola. Su madre no le perdonó que se marchara, hasta muchos años después.

## Dos luces en la soledad

Sara, intentó ayudar a Isabel, y demasiado a menudo no sabía cómo hacerlo. Veía a su madre sufrir en silencio por todo aquello que le habían quitado, y por todo lo que ahora se moría lentamente en un lánguido pasar de los instantes.

Sara conoció la felicidad de tener hijos. Pero a lo largo de su vida, siguió sufriendo el recuerdo de la ausencia de todos los que antes de tiempo se habían marchado. Sintió el sabor agri dulce de la traición, la decepción, la mentira y la desilusión. Y a pesar de su afán por vivir y llevarse bien con la vida, nunca encontró las respuestas del cariño negado. El amor siempre se marchitaba con el paso de los años. Quizás se trataba de ella. Luchó por levantar su autoestima, luchó por encontrar ese horizonte que hallas al final de muchos caminos recorridos, ese horizonte que muchos ven y que ella no conseguía encontrar. Sara no entendía por qué el amor se empeñaba en sembrar la desilusión en su vida.

Había dos poderosas razones para seguir adelante. Dos realidades que se reflejaban en cada amanecer, y que le daban fuerzas en todos los atardeceres de su vida.

La esperanza era como la lluvia, que pierde su rastro cuando el sol seca su esencia, sin embargo, su huella hace crecer las raíces de todo aquello que florecerá mañana.

«Dime papá... si ahora eres capaz de mirarnos sin derramar las lágrimas que nunca se secarán».

Sara supo que Blanca se había separado cuando su hijo aún era muy pequeño. Jaime se marchó de Madrid para trabajar cerca del mar. Ángel se casó con una niña en sus brazos. Los demás se casaron, se alejaron, nunca consiguió olvidar las huellas que todos ellos dejaron en su vida. Ella también se casó y se dejó atrapar por la vida.

Ahora, los instantes eran preciosos tesoros, que cuidaba a cada paso.

La vida había aprendido a esperar igual que ella. Ella había aprendido a perdonar, igual que la vida había aprendido a perdonarla a ella.

Ahora había aprendido a reflejar sus sentimientos en las letras, que aunque no tenían nombre, se llamaban siempre igual que ella, eran sus sentimientos reflejados en palabras que llenaban toda una vida.

Eran nombres indefinidos en el tiempo, eran frutos de todos los instantes camuflados en los sentimientos. Solo sabía que en un instante, cabe una vida.

- <<En piedras blandas, monólogos hacia el padre ausente >>

## Sobre la autora

Ana Belio Gámez, nació en Olten (Suiza), aunque desde los 7 años reside en Madrid.

Sus estudios son los elementales y a ellos se puede añadir un curso de secretariado; ofimática empresarial y auxiliar de puericultura; y finalmente la cocina, que se ha convertido en mi profesión.

Su gran pasión además de sus hijas es escribir, algo que ha descubierto apenas hace unos años.

En su blog *Máter* ([www.mater.obolog.com](http://www.mater.obolog.com)) ha empezado a dar a conocer lo que ha escrito hasta ahora.

Le gusta escribir poesía, breves relatos, reflexiones, pero sobre todo transmitir a través de ello.

Es autora de "[La soledad descansa cuando muere el invierno](#)", su primera creación literaria.

